

Selecta

*Más allá
de la piel*

Rita Black



Más allá de la piel

Rita Black

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Nota editorial

Selección BdB es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, en este caso mexicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

A mi hijo, Cristian, mi cómplice y mi inspiración

Capítulo 1

Marina corrió por el puente de la torre de control, en un esfuerzo descomunal por llegar a la sala de controles y avisar al capitán Dorian sobre el inminente ataque de los carontianos.

La joven se hallaba en el centro de formación cuando cayó la primera bomba, muy cerca de donde se encontraban los pequeños estudiantes. Los profesores Sher, Ontrés y Gylli-An rápidamente ordenaron a los pupilos en dos filas y los llevaron a un refugio subterráneo que habían construido en las últimas semanas ante la creciente amenaza de un ataque masivo.

Sabía que no era posible que el capitán Dorian, jefe de los sistemas de defensa, no se hubiera enterado del ataque, pero no pudo resistir el impulso de ponerlo al tanto personalmente. Además, Elas estaba con él.

Afuera se imponía el caos; los habitantes corrían, aterrados, buscando entrar a los refugios subterráneos, mientras que las tropas, tanto de defensa como de ataque, se disponían a repeler al enemigo.

Una segunda bomba cayó en el centro médico, reduciéndolo a cenizas en tan solo un instante. El estremecimiento provocado por la explosión hizo que Marina se tambaleara en el puente, y tuvo que aferrarse con todas sus fuerzas al barandal para no caer.

Ya no era prioritario avisar a Dorian, eso era evidente; en ese instante su objetivo, su misión, era mantener a Elas a salvo.

¿Por qué precisamente ese día había tenido que faltar al centro de formación? El pequeño había insistido en visitar las instalaciones de la torre de control, y Dorian, a quien el chico resultaba muy simpático, había accedido encantado.

Las puertas de la torre de control se abrieron automáticamente y la joven entró corriendo.

—¿Dónde está Elas? —gritó a Dorian.

—Está con Doodge, ya lo lleva al refugio —alcanzó a responderle el capitán antes de que ella pasara de largo, rumbo al elevador para buscarlos.

Apenas le dedicó una mirada fugaz. No quería verlo, aún se sentía abochornada y molesta por lo que había ocurrido la noche anterior, y estaba segura de que Dorian también lo estaba procesando. Seguro que él estaba mucho más enfadado que ella.

Dorian la siguió con la mirada y cuando ella entró al cilindro transparente del elevador sus ojos se encontraron. No pudo evitar el calor en sus mejillas, provocado por esa mirada ardiente, llena de preguntas, de reproche, de deseos insatisfechos.

Hizo un gran esfuerzo para apartar de su mente a Dorian y se concentró en hallar a Elas; era su responsabilidad y se sentía terriblemente culpable de haber sido tan indulgente con él como para permitirse el perderlo de vista.

De pronto cayó en la cuenta de que la torre de control no había sido atacada por las bombas de los carontianos. ¿Por qué, si era un punto estratégico?

Llegó a la planta baja y corrió a una salida de emergencia que había sido habilitada recientemente y que conducía al refugio. Por los ventanales pudo ver una explosión lejana que, al parecer, había tenido lugar en la zona habitacional. ¡Rayos! Esa vez los carontianos iban en serio.

Hasta entonces se habían limitado a meras amenazas: querían a Elas, el chico de la sabiduría ancestral, pero en los últimos días esas amenazas habían subido de tono y habían declarado estar dispuestos a llegar a la destrucción de los grexos si no les entregan al muchacho.

«¡Qué irónico!» pensó la joven, indignada y triste: exigían que les fuera entregado el chico, considerado la fuente de la sabiduría, y se valían de la violencia y la barbarie para conseguirlo.

Tenía que concentrarse y, aunque en ese momento era lo que menos deseaba, no porque le fuera desagradable, sino porque temía una confrontación, llamó a Dorian.

—Dime, Marina —Su voz sonaba tan suave y serena que cualquiera hubiera pensado que era un día común y corriente, y que ellos no tenían ningún espinoso asunto pendiente.

Le preguntó por Elas y el capitán la tranquilizó al decirle que lo había enviado con Doodge al subterráneo bajo la torre de control. Pensó si sería el mejor momento para expresarle sus recientes sospechas y consideró que podría no tener otra oportunidad para hacerlo. Él se quedó en silencio un instante, procesando lo que acababa de escuchar.

—¿Supones que tienen un informante entre nosotros? —inquirió.

—No puedo asegurarlo, y me parece difícil de creer, pero todo es posible —replicó la chica—. ¿De qué otra manera se explicaría que no hayan tocado la torre de control? Es como si supieran que Elas se encontraba ahí.

—Tendremos que hacer una investigación exhaustiva —declaró el capitán.

Cortaron la comunicación. Dorian ya había dado las órdenes pertinentes para la defensa de Grexas y gran parte de la población ya estaba en los refugios. Por un instante reflexionó en lo que ella le había dicho: era sumamente improbable, por no decir imposible, que un grexo traicionara a los suyos. ¿Cómo podrían los carontianos haberse infiltrado?

Marina aceleró el paso. Pensó en Mithas; el anciano le había encomendado el cuidado de Elas como una misión especial.

«En este momento debe estar totalmente arrepentido de haberlo hecho» pensó, decepcionada.

Elas no había nacido en Grexas. Nueve ciclos solares atrás, una mujer, que dijo llamarse Édder, llegó a la ciudad cargando con un bebé. Dijo que era su hijo y que corría grave peligro; ella estaba enferma y agonizaba, por lo que pidió a los grexos que cuidaran del pequeño. «Mi pequeño es especial» les dijo.

Mithas estuvo con la mujer todo el tiempo y cuando escuchó su declaración, no dijo nada, solo lo miró durante un largo rato.

Édder murió pocos días después. El consejo de Grexas se reunió entonces para decidir qué harían con el niño, que tendría apenas un ciclo solar, pero había demostrado ser muy inteligente. Observaba con gran atención a las personas y los objetos a su alrededor, pronunciaba muchas palabras y podía formar oraciones cortas pero muy bien articuladas, pero lo que más llamó la atención de todos era que parecía tener una capacidad de juicio muy aguda para su cortísima edad.

Mithas, el más anciano de los consejeros, concordó con la madre del pequeño: definitivamente era especial. Decidió, junto con los demás miembros del consejo, que Marina se haría cargo de él: era una joven bondadosa y muy lista, y estaba seguro de que ejecutaría esa tarea con gran responsabilidad.

Nadie objetó lo anterior, ya que la chica había mostrado gran aptitud para tratar con los pequeños en el centro de formación; nadie, excepto ella misma. Cuando el primer consejero le comunicó la decisión, ella lo miró asombrada e incrédula:

—Mithas, ¿estás seguro? No creo ser la idónea para esa tarea, tú lo sabes.

—Tú eres la idónea, Marina. Confiamos en ti —afirmó el anciano, sereno pero seguro.

Marina no estaba convencida en absoluto, pero se sintió halagada por la muestra de confianza. Sin embargo, pensó que, además del consejo, los demás grexos no habrían aprobado jamás dicha decisión si supieran quién era ella realmente, una desterrada sin hogar a quien Mithas había acogido cuando era casi tan pequeña como el bebé recién llegado.

Llegó por fin al refugio, donde inmediatamente empezó a buscar a Elas.

—Está con Doodge, en el sótano —le informó Camp.

Marina le agradeció y siguió de largo.

—¡Elas! ¿Cómo estás? —La chica estrechó al pequeño en sus brazos tan pronto lo encontró.

No había tenido un instante de calma desde que inició el ataque, que al parecer ya había terminado, pues hacía varios minutos no se escuchaba ninguna explosión.

—Estoy bien, Marina, no tienes que preocuparte por mí.

—¿Que no me preocupe por ti? ¡Vaya! —exclamó entre la risa y el llanto.

—No me ocurrirá nada, no caeré en manos de los carontianos —La calma con que lo dijo desarmó a la mujer—. Y, si así fuera, todo estaría bien, de cualquier manera. Ellos no me harán daño.

Ojalá ella pudiera no solo emanar esa serenidad sino sentirla de veras.

Aunque Édder había dicho, en su momento, que ella y su bebé provenían de Karpek, Marina siempre había tenido la fuerte sospecha de que eran carontianos. Algo en sus rasgos los delataba, pero nadie parecía haberse dado cuenta de ello, ni siquiera Mithas. O eso creía ella.

Sus especulaciones se habían confirmado, en cierto modo, cuando los carontianos se enteraron —los grexos aún no sabían cómo— de que el pequeño, a quien llamaban El Sabio, estaba ahí, y lo reclamaron para sí, argumentando que era uno de ellos.

«No permitan que caiga en malas manos» había suplicado Édder, agonizante, y el consejo asumió la tarea de cuidarlo y protegerlo, lo cual, pensaban, incluía impedir que los carontianos se hicieran con el niño.

Al principio, los carontianos habían asumido una actitud que podría considerarse diplomática para solicitar que Elas les fuera entregado, pero cuando el consejo les informó que la madre del niño les había encomendado a

ellos, y solo a ellos, la tarea de protegerlo, aquellos amenazaron con emplear métodos violentos.

—Estaremos preparados —declaró Mithas con la calma que le era habitual, mirando a Dorian, quien entendió rápidamente el mensaje.

Las amenazas se convirtieron en ataques aislados que poco a poco fueron creciendo en frecuencia e intensidad, siempre acompañados del mismo mensaje: «Denos al niño».

Marina, sentada ya sobre el suelo, con las rodillas plegadas frente a ella, lo miró en silencio. Era un chico hermoso, moreno, de cabello negro y profundos ojos de color café oscuro. Casi siempre estaba sonriendo, nunca lo había visto molesto y siempre tenía palabras sabias que decir.

«El Sabio». Pensó que, con gran razón, los carontianos lo llamaban así. Pero, si ellos querían al niño y su presunta sabiduría, ¿por qué acudían a las armas para conseguirlo? Bueno, era cierto que los grexos y los carontianos tenían una historia muy antigua de desacuerdos y confrontaciones que, en muchas ocasiones, habían estado a punto de desembocar en guerra.

Era bien sabido que los carontianos eran de los habitantes más antiguos de esa región del planeta, y los grexos llegaron algunos cientos de ciclos solares después, provenientes de Grexas, un pequeño planeta, no muy lejano, del que habían tenido que huir cuando el tirano Scrapino amenazó con borrar de la faz de su mundo a todo aquel que no estuviera de acuerdo con su mandato o que realizara la más mínima acción en su contra.

Claro que el numeroso grupo que llegó al planeta Birnu para formar un nuevo hogar no eran todos los grexos, algunos habían decidido quedarse en su antiguo mundo y acatar las órdenes del dictador.

Los exiliados iniciaron una nueva vida, imitando prácticamente en todo la forma de vivir que llevaban en su planeta de origen.

Eran seres pacíficos, laboriosos y muy inteligentes, pero a los habitantes de la región de Caronte no les agradó que se instalaran en ese valle hospitalario y próspero que podría proporcionarles unas condiciones idóneas para el establecimiento de su ciudad, y empezaron a pelear el territorio, a pesar de que ellos estaban asentados a muchísimas millas de ahí, desde mucho tiempo atrás.

Marina dejó a un lado sus divagues y se concentró en Elas, quien sonreía, como casi siempre. Parecía no estar pensando en nada, como si lo que estaba ocurriendo no le afectara, a pesar de ser él la causa. Claro que nadie lo

culpaba, todos lo querían y lo respetaban.

Mithas y otros miembros del consejo salieron en ese momento de una de las habitaciones contiguas del mismo refugio. Marina se puso de pie instintivamente al verlos.

Los consejeros arribaron a donde estaba Elas y, tras un silencio expectante, Mithas habló:

—Es evidente que tenemos que extremar las medidas para proteger a Elas —Se volvió hacia la muchacha—. Hemos decidido que el niño y tú deberán irse a vivir con el capitán Dorian en un refugio secreto, al menos mientras resolvemos el conflicto con los carontianos.

Palideció al escuchar aquello, ya que la decisión del consejo no solo trastocaba toda su vida, sino que, además, la obligaba a estar más cerca que nunca de Dorian.

—Entiendo que tenemos que proteger a Elas con todos nuestros recursos, pero pueden asignar a otra persona para esa tarea, estoy segura de que cualquiera de las profesoras o las doctoras estarán más que dispuestas a asumir la responsabilidad de cuidarlo.

El anciano, al igual que los demás consejeros, la miró con extrañeza. Yiro, quien seguía a Mithas en edad y jerarquía, cuestionó:

—¿Acaso ya no deseas hacerte cargo del pequeño? Hasta ahora has hecho una gran labor —Hizo una seña con la cabeza a otro de los ancianos y este procedió a apartar de ahí al pequeño para que no escuchara la conversación—. Estamos muy contentos con la forma en que hasta ahora te has encargado de Elas, has sido una excelente guardiana, además de convertirte en su amiga, con lo cual has contribuido en mucho a su formación y a su sabiduría. Eres la tutora del niño, por derecho.

Ella había pasado de la palidez al rubor. Definitivamente no estaba dispuesta a explicar que no era Elas de quien buscaba mantenerse alejada.

—Señor, me siento muy honrada y le tengo un gran cariño a Elas, pero me parece que el día de hoy he demostrado no ser totalmente apta para continuar cuidándolo. No debí permitir que se apartara de mí, siento que puedo llegar a ser demasiado indulgente con él, quizá por el mismo afecto que le profeso.

Los consejeros sonrieron, comprensivos.

—Es natural que el chico te inspire afecto, y también es natural que a veces cedas a sus deseos, precisamente por ello. No seas tan dura contigo misma, nadie podría saber que los carontianos atacarían el día de hoy.

Además, me parece que corría más peligro en el centro de formación que en la torre de control, con el capitán Dorian.

Marina guardó silencio. No estaba de acuerdo con la última afirmación. Pero ese no era el lugar ni el momento para expresar ante el consejo sus sospechas.

Todos se volvieron cuando se percataron de la llegada de Dorian. Él se acercó al grupo, centrando su atención en los consejeros; a ella ni siquiera la miró. Se sintió pequeña e insignificante.

«Bien merecido lo tienes» pensó.

Yiro se dirigió al recién llegado para comunicarle la determinación del consejo. Marina se esforzaba por mantener la mirada en el anciano, pero le era imposible no mirar de soslayo al capitán, sin poder evitar que el rubor invadiera su rostro. Dorian, en cambio, se mantenía impassible, prestando toda su atención a quien le hablaba, como si lo que le decía no le afectara en lo más mínimo.

La joven, que siempre se había ufano de saber mantener a raya sus sentimientos, admiró la entereza y la frialdad de Dorian. Después de todo, hacerse cargo de un niño y de una mujer, así, de pronto, no era fácil de asimilar.

—Se habilitará un refugio especial para ustedes bajo la torre de control; tendrán todo lo necesario y todas las comodidades, y de ese modo los tres estarán más seguros. Elas ni siquiera tendrá que salir a la superficie para asistir al centro de formación.

—Pero, señor, no pueden esperar que el niño esté siempre en subterráneo, necesita jugar, ver el sol, respirar aire fresco —protestó la mujer.

Todos la miraron.

—Entendemos tu punto, pero esta situación prevalecerá solo mientras solucionamos el conflicto con los carontianos —replicó otro de los ancianos, Cérer.

—Ellos quieren a Elas, ya demostraron que no van a negociar, no van a parar hasta que se lo entreguemos. ¿Cómo pretenden solucionar el conflicto si no les damos al niño?

—Tendremos que pensar en una solución que satisfaga a todos —respondió Mithas.

Los ancianos se retiraron. Dorian permaneció unos segundos parado en su lugar y luego se marchó sin decir una palabra, marcial y sereno como siempre.

Marina se quedó plantada, inmóvil, sin saber qué hacer ni qué pensar. Su mente era un amasijo de ideas confusas e inquietantes. Siempre había sido una chica atrevida y aventurera, pero no creía haber sentido tanta incertidumbre y tanta ansiedad como en ese momento. Tuvo la perturbadora sensación de que todo lo se le estaba saliendo de control.

A pesar de que los carontianos habían detenido los ataques, Dorian y los ancianos concordaron en que todos permanecieran en los refugios, al menos por ese día. Todos asumieron ciertas funciones para que el tiempo transcurriera más fácilmente; Elas jugaba con algunos chicos y Dorian se hallaba reunido con sus hombres definiendo las estrategias futuras de defensa. A pesar de la agresión, no se contemplaba ninguna respuesta violenta, al menos no por el momento.

Marina, junto con los demás profesores, improvisó un aula de clases y reunieron a los chicos para un día de formación como cualquier otro.

Todos aparecían tranquilos, como si la situación no hubiese perturbado su rutina. Solo Marina estaba inquieta, tratando de ocultar la turbulencia que se había desatado en su interior. Aún no sabía cómo lidiaría con el hecho de compartir el mismo espacio con Dorian después de la discusión de la noche anterior, que parecía hacer tambalear los cimientos mismos de su relación.

Relación. Marina repitió la palabra en su mente. ¿Cuál era la naturaleza de la relación entre ella y Dorian?

Se conocían desde que ambos estaban en el centro de formación. Entonces no habían tenido muchas oportunidades de coincidir, ya que él era un poco mayor y le llevaba varios grados de ventaja. Sin embargo, en las clases de acondicionamiento físico y en las competencias siempre debían entrenar juntos o contender en las mismas pruebas; era como si el destino se confabulara para unirlos.

La atracción entre ambos surgió tan pronto ella se convirtió en una jovencita bella y temeraria que parecía no tener miedo a nada. Sin embargo, a pesar de que el joven Dorian sentía una muy fuerte inclinación por esa muchacha esbelta, fuerte y determinada, no se decidía a hablarle de sus sentimientos debido a que ella era más joven y le parecía muy impulsiva.

A lo largo de esos ciclos solares mantuvieron un contacto más o menos estrecho, sobre todo porque compartían un círculo de amistades, pero sus interacciones personales se limitaban a charlas más o menos intrascendentes y un intenso intercambio de miradas que ella pretendía ignorar.

Tiempo después, ya como parte del cuerpo de profesores en el centro de formación, Marina gozaba en secreto cuando él hacía alguna demostración de sus funciones ante los pequeños, o cuando les brindaba una clase especial sobre seguridad.

A Dorian no le pasó inadvertida la forma en que la chica lo miraba, por mucho que intentara disimularlo, y una tarde reunió el valor necesario para invitarla a hacer un vuelo de inspección sobre los amplios valles que delimitaban Grexas. A partir de entonces, buscaban cualquier excusa para encontrarse, y pronto se les veía juntos tanto como sus respectivas ocupaciones lo permitían.

Llevaban un largo tiempo viéndose, Marina sabía que compartían una fuerte atracción, habían convivido de una forma más o menos íntima y, si tenía que ser honesta consigo misma, tendría que admitir que había desarrollado fuertes sentimientos por ese sujeto seguro, alto y atlético, de talante fácil y admirable intelecto, por lo que era natural esperar que en cualquier momento dieran el siguiente paso y decidieran vivir juntos. Todos los sabían, todos habían visto cómo saltaban chispas cuando estaban juntos, pero hasta la noche anterior su relación se había mantenido en los límites de lo casual.

Ella se había esforzado a conciencia porque fuera así, a pesar de que estaba plenamente segura de sus sentimientos por Dorian: sabía que lo amaba, estaba convencida de que era quien la hacía feliz. Estaba enamorada de él por todas y cada una de sus cualidades, e incluso amaba sus defectos.

Pensó sin querer, una vez más, en sus virtudes: Dorian era metódico, le gustaba actuar por sistema y apegarse a las normas, no se dejaba llevar por las emociones del momento, pero podía llegar a ser muy intuitivo y no temía mostrar sus sentimientos.

Marina, dura y audaz, jamás habría pensado que pudiera necesitar tanto a otra persona, pero Dorian había logrado meterse hasta lo más profundo de su corazón. Sin embargo, a pesar de lo mucho que lo anhelaba, no podía permitir que él se acercara tanto; si descubría su secreto pondría en riesgo no solo su relación, sino la estancia de ella en Grexas, su futuro, su vida.

Pero ¿hasta dónde pretendía que llegara su relación si no se sinceraba con él? Muchas veces había tratado de convencerse de que no pasaría nada si le dijera la verdad, Dorian era sensato y comprensivo, pero ¿y si no lo tomaba a bien? ¿Y si los demás se enteraran? Había sido feliz en Grexas y no quería marcharse.

Ojalá hubiera podido mantener las cosas como hasta hacía dos noches, pero Dorian había decidido que era tiempo de avanzar, y la noche anterior le había comunicado sin ambages su deseo de que vivieran juntos.

Ella abrió mucho los ojos al escuchar su propuesta y permaneció durante varios segundos con la mirada fija en él, como si estuviera loco, como si lo que había dicho fuera un tremendo disparate. Pero Dorian pudo leer más allá y adivinó la verdad: estaba asustada, aterrada más bien. Sin embargo, ¿a qué podría temerle tanto? Él estaba seguro de que eran el uno para el otro.

—Yo... —Marina respiraba con dificultad, pero trataba de aparecer serena—. No creo que en este momento sea lo más conveniente que vivamos juntos.

—No veo por qué no —replicó él con la calma que le era habitual—. Nos conocemos bien, sabemos de nuestros defectos y de nuestras virtudes y estamos cómodos con ambos. *Yo* quiero estar contigo —Posó su mano sobre la de la chica y sus ojos grises en los de ella, con tanta seguridad que la joven tuvo deseos de llorar o de salir huyendo.

¡Cobarde! ¿Por qué no solo se lo decía y ya? Pero tenía miedo, le aterraba la idea de que él la rechazara, que la repudiara y la alejara para siempre. Irremediablemente, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Yo también quiero estar contigo. Pero este no es el momento.

Dorian no era tonto, sabía que había algo que Marina no estaba diciéndole; esas lágrimas eran indicio de algo grave y estaba dispuesto a averiguarlo, pero, fuera lo que fuera, él estaba seguro de lo que quería.

—¿Por qué no es el momento? ¿No estás segura de lo que sientes por mí? ¿O es que quieres hacer otras cosas antes? Sabes que no me opondré a nada de lo que tú desees, ni te impediré que hagas lo que amas.

Estaba acorralada, y lo sabía, el momento que tanto había temido finalmente había llegado, pero no tenía el valor para decirle a Dorian la verdadera razón por la cual no podía estar con él. Por un lado, temía decírselo y que él la rechazara, y tampoco podía permitirse el adquirir un compromiso con él sin revelar su secreto. Simplemente no podía ser tan desleal.

Mientras estaba concentrada en esas reflexiones habían transcurrido varios segundos y ella mantenía su mirada aterrada sobre Dorian, sin saber qué decirle.

De pronto la expresión de Dorian mudó; retiró su mano de la de Marina y se respaldó en la silla, mirándola fijamente con gran seriedad.

—No estás segura de que querer vivir conmigo —Su voz ronca la

estremeció.

Ella parpadeó, dos grandes lágrimas amenazaban escaparse de sus ojos almendrados.

—Sí, lo estoy, pero...

A veces Dorian odiaba esa palabra, un «pero» podía representar la diferencia entre poder actuar o tener que quedarse con los brazos cruzados.

Ella hubiera querido desaparecer. En aquel momento Dorian no la miraba con seriedad, sino con una profunda tristeza. De algún modo que no lograba descifrar, siempre había sabido que entre Marina y él se interponía un velo invisible que los separaba de forma sutil pero certera, y no lograba discernir en qué consistía esa barrera. Estaba seguro de que esa mujer lo amaba como él a ella, pero por alguna razón no se permitía dar el siguiente paso.

—¿A qué le tienes miedo, Marina? ¿Temes perder tu libertad? Lo entiendo, porque te conozco, pero me ofende que lo pienses siquiera; me conoces, sabes que no te limitaría en absoluto.

Tenía razón; por muy intrépidas o disparatadas que parecieran las cosas que quisiera hacer, él jamás le había impedido realizarlas, jamás había objetado y tampoco había cuestionado su cordura. Por el contrario, pareciera que amaba su locura, su temeridad... Y ella lo amaba por ello. ¿De verdad él la odiaría si supiera quién era realmente? Pensaba que al dudarlo lo traicionaba, pero no quería arriesgarse a averiguarlo.

—Temo que llegues a odiarme —decidió sincerarse, al menos en parte.

—¿Odiarte? ¿Por qué habría de odiarte? —Estaba en verdad desconcertado, a pesar de la ironía en su tono.

Ella dudó unos segundos.

—Por lo que soy realmente.

Ahora sí estaba molesto. Él la conocía bastante bien y sabía quién era, sabía cómo era. Aquella respuesta no era sino una excusa barata. Su expresión dura le pareció amenazante a Marina y por primera vez temió que él se saliera de sus casillas, aunque conocía las dimensiones de su paciencia.

—Me ofendes, es inaudito que me creas tan superficial y vano. Te conozco lo suficiente como para saber lo que quiero, pero parece que tú no has llegado a conocerme tan bien.

—Por favor, no te ofendas, me estás malinterpretando —replicó, alarmada.

—No, me parece que eres tú quien ha malinterpretado las cosas. Te he demostrado que me interesas, que te quiero tal como eres y, sin embargo,

dudas de mí. No te comprendo. Vivir juntos no es tan grave; claro que es un gran paso, pero somos dos adultos, nos conocemos y estoy seguro de que nos complementamos a la perfección. Esto no es un experimento, Marina, es la consecuencia lógica de una serie de actos guiados por nuestros sentimientos.

Ella estaba entre la espada y la pared, pues sabía perfectamente que él tenía razón en todo lo que decía.

—Tú no lo sabes todo sobre mí —pudo decir con voz triste.

Y de pronto él lo comprendió, como un destello repentino llegó a su mente el entendimiento. Marina no temía que él la odiara por su forma de ser, por sus defectos o sus manías; temía que la rechazara «por lo que era realmente.» Entonces lo vio todo con claridad. Sintió un gran alivio al comprender que los temores de ella no tenían fundamento, e iba a decírselo claramente cuando la puerta del comedor se abrió repentinamente y apareció el cabo Marks, anunciando que Dorian era requerido en la torre de control.

Se puso en pie rápidamente, pero antes de marcharse le dirigió una mirada que no dejaba lugar a réplica:

—Terminaremos esta discusión después, te lo aseguro.

Marina se quedó entre la tensión y el alivio. Se había librado por el momento, pero la advertencia de Dorian solo significaba una cosa: no se daría por vencido hasta que ella le revelara los verdaderos motivos de su negativa.

Capítulo 2

—Marina, Marina, despierta —La voz suave de Elas llegó como un murmullo hasta su cerebro aletargado.

Salió poco a poco de las tinieblas del sueño y se desconcertó al no reconocer el lugar en que se hallaba. Las emociones de las últimas horas la habían dejado agotada. De pronto recordó que estaban en el refugio.

—El capitán Dorian me pidió que te diga que es hora de irnos al refugio en la torre de control. Ya todo está listo.

Aquellas palabras la despertaron por completo. Al menos en sueños había logrado olvidar que, por los próximos días, tendría que compartir las mismas habitaciones con Dorian. Pensó con ironía que él, sin proponérselo, había logrado su objetivo.

Llegaron al búnker que estaba situado debajo de la torre de control avanzando por el mismo subterráneo. Marina empezaba a resentir la ansiedad de estar tanto tiempo bajo tierra, pero los ancianos habían ordenado que Elas no saliera a la superficie, al menos por unos días.

La muchacha miró al chico; si esperaba que él también se mostrara ansioso se equivocó: se veía tan tranquilo y feliz como siempre.

«En verdad es un chico maravilloso» pensó Marina, envidiando por un momento su talante.

A pesar de que llevaba mucho tiempo cuidando de Elas, todavía le causaba asombro que hubieran podido acoplarse tan bien, siendo tan diferentes. Ella no podía estar mucho tiempo en la misma postura ni en el mismo lugar, siempre tenía que estar haciendo algo, creando, ideando, moviéndose; la pasividad la enloquecía, especialmente si le era impuesta por terceros.

Se obligó a relajarse. «Respira, Marina, respira.»

Una puerta metálica separaba el pasadizo del refugio bajo la torre de control. Elas tecleó una clave numérica que Dorian le había dado previamente y la puerta se abrió suavemente. Ella se sorprendió gratamente al ver que el

lugar era muy confortable, tenía todo lo necesario para que estuvieran bien instalados y además estaba muy bien iluminado.

Dorian los recibió en lo que podría considerarse la sala de estar. No esperaba verlo, supuso que estaría muy ocupado. Sonrió a Elas con naturalidad y a ella le dirigió una mirada cálida y profunda que la desconcertó.

—Elas ya conoce su dormitorio —le dijo amablemente, acercándose—. Te llevaré a ver la habitación que ocuparás. Ordené que trajeran ropa para ambos y aquí hay todo lo que puedan necesitar.

—Gracias —atinó a decir, agobiada por la situación.

Él sonrió y Marina tuvo la sospecha de que estaba disfrutando de todo eso. Bueno, tenía que admitir que en otras circunstancias ella también lo estaría pasando bien. Pero temía que, en cualquier momento, Dorian quisiera retomar la conversación que habían dejado pendiente y aún no estaba lista para enfrentarlo.

La habitación que le había reservado era un cuarto pequeño, pero tenía una cama baja, una silla y un minúsculo tocador. Se preguntó cómo se las había arreglado Dorian para tener todo eso tan rápido.

No había mucho que mostrar así que, aun cuando Dorian hubiera querido tener alguna excusa para permanecer con ella por más tiempo, tuvo que retirarse rápidamente.

Marina se sintió como un cachorro abandonado. Pensó que las labores del centro de formación continuarían en el refugio, así que tomó un refrigerio rápido, que compartió con el chico, se duchó, y ambos se dirigieron con los demás profesores y pupilos.

Aquello fue un bálsamo para ella. Tuvo que reconocer lo reconfortante que era continuar con sus labores cotidianas, viendo a las mismas personas de todos los días, como si no pasara nada, aunque el hecho de estar en subterráneo impedía ignorar el hecho de que sí estaba ocurriendo algo.

Los pequeños, sin embargo, se mostraban tan felices y dispuestos a aprender como siempre. Marina los observaba, fascinada por su soltura, su vitalidad y esa forma tan fresca y despreocupada de ver la vida. «Ya crecerán» pensó con tristeza.

—Son hermosos, ¿verdad? —La voz de la profesora Gylli—An la sacó de sus pensamientos.

—Sí, lo son.

La mentora suspiró, mientras se sentaba a su lado.

—Siempre he pensado que es una muy grande responsabilidad la que tenemos en nuestras manos al formar a estos chicos. Depende en gran parte de nosotros que al crecer se conviertan en seres íntegros.

—A veces me da miedo tener semejante peso sobre mis hombros — confesó Marina en voz baja—. ¿Qué tal si fallamos? ¿Y si, inconscientemente, sin proponérselo, transmitimos a estos chicos pensamientos o sentimientos que, como tú dices, no demuestren integridad, sino al contrario?

Gylli—An se volvió a mirarla, preocupada por el tono angustiado de la chica.

—Es cierto que es muy probable que podamos hacer eso, pero también es cierto que no es solo nuestra responsabilidad. Mucho de ella recae en los padres. Además, a veces... a veces creo que la naturaleza hace experimentos, y no tan de vez en cuando desliza seres cuya mente no está equilibrada y hacen o dicen cosas que no deberían, que no son correctas de acuerdo con los estándares de comportamiento. Y eso no es responsabilidad nuestra.

Marina se quedó unos segundos en silencio, reflexionando sobre las palabras de su colega.

—¿Crees que el origen de cada uno tenga algo que ver con ello?

Gylli—An estiró la espalda, como si quisiera deshacerse de toda la tensión. Siguió mirando a los niños mientras jugaban.

—No lo sé, es posible. Toma a los carontianos, por ejemplo: cada individuo es diferente, pero todos tienen ciertas características de comportamiento homogéneas. Son rudos, testarudos, valientes, eso no puedo negarlo, no temen los enfrentamientos y pueden llegar a ser violentos. El comportamiento de cada individuo, sea de la raza que sea, es algo muy complejo y no se reduce a su origen.

Marina no respondió. Su colega tenía razón.

El sonido de una campanilla en los altavoces indicó que había terminado el periodo de recreo para los chicos, quienes volvieron a sentarse en el área designada para las clases.

Marina se sintió muy satisfecha al ver que Elas se mostraba tan participativo y entusiasta como siempre. Nada parecía afectarlo, nada turbaba su buen humor, su tranquilidad, su alegría serena. Pensó que podría proponerse ser más como él.

La chica ansiaba ver la luz del día y, cuando volvieron al refugio bajo la torre de control, dejó a Elas después de comer para subir un rato.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame, ¿de acuerdo? —le dijo al niño, poniendo en sus manos un intercomunicador.

—Estaré bien, Marina —replicó el muchacho, con una sonrisa llena de confianza.

A pesar de que había gran movimiento en la torre de control, todo se veía ordenado, nada estaba fuera de lugar; en los ordenadores, los controladores revisaban los perímetros y se aseguraban de que no hubiera carontianos cerca. Todo se veía tranquilo, pero sabían que podrían atacarlos de nuevo en cualquier momento.

Dorian no se veía por ninguna parte. Marina suspiró, aliviada. Se acercó al ventanal y apoyó la frente en el cristal, a través del cual pudo ver la plaza principal, los hangares y las pistas solitarias. Algunos vehículos de combate circulaban en las lejanías buscando, sin duda, rastros de los carontianos o evidencias de un posible ataque.

—Supongo que Elas está abajo —La voz a su espalda y una mano sobre su hombro la sobresaltaron, sacándola de sus pensamientos.

—Mithas —suspiró—, no te escuché llegar. Sí, Elas está en el refugio, está seguro.

—Lo sé —dijo el anciano, mirando a través del ventanal.

—¿Crees que vuelvan a atacar pronto?

—Seguramente lo harán, no se darán por vencidos.

Ambos miraban hacia afuera, más absortos en sus propias conjeturas que en lo que ocurría.

—¿Por qué tienen tanto interés en Elas? ¿Por qué están tan obsesionados con él?

Mithas aspiró profundo. A pesar de ello, sus facciones no se alteraron en lo más mínimo.

—Los carontianos son intrépidos, despiadados, hay quienes los califican, incluso, de salvajes. Pero no son estúpidos; en medio de sus arrebatos y su impulsividad, ellos saben que el chico, de alguna manera, puede guiarlos, puede llevarlos a un estado de conciencia colectiva en el que alcancen la paz, en el que puedan controlar sus impulsos agresivos —Se volvió a mirar a la chica—. En el fondo no son malos, solo siguen sus instintos y saben que pueden ser mejores, pero aún no saben cómo.

—Y creen que Elas sí.

El anciano asintió.

—Elas transmite una paz, una serenidad, que ellos necesitan, saben que la necesitan. Y quieren que él les enseñe a ser así.

—No lo entiendo: si su naturaleza es así, ¿por qué quieren cambiarla?

—Ya te lo dije: no son tontos y saben que pueden ser mejores.

—Si es así, ¿crees que pueda llegarse a un acuerdo con ellos?

Mithas suspiró, aunque hubiera querido que la chica no se diera cuenta. Paseó la vista por las pistas de despegue. Le costaba admitir que no tenía todas las respuestas, pues a pesar de estar de acuerdo con Elas en que los carontianos no eran tan violentos e irracionales como se les consideraba, temía que no se pudiera razonar con ellos. Hasta ahora, según él, eso era lo que habían demostrado.

—Bueno —dijo al fin—, supongo que tarde o temprano encontraremos una solución a todo esto.

Guardaron silencio por un instante. De alguna manera, Marina entendía muy bien lo que Mithas le había explicado acerca de los carontianos. Ella misma sabía que a pesar de sus defectos, de su temperamento impulsivo y candente, podía ser mejor, podía aprender a controlarse.

A lo largo de los ciclos solares había observado detenidamente a Elas y se daba cuenta de que casi siempre sonreía, aunque fuera veladamente, y siempre respiraba de una forma profunda y pausada. Ella sentía que de esa manera se mantenía sereno y había probado hacerlo. Hasta el momento le había dado algunos resultados satisfactorios.

—¿De dónde proviene la sabiduría de Elas?

Mithas recorrió con la vista el horizonte.

—Cada cierto tiempo, entre cientos de ciclos solares, nacen seres excepcionales, seres que parecen conocer los secretos del universo, los enigmas de la vida. Algunos los llaman ángeles, guías o espíritus de luz. Nacen así, es como si sus conocimientos, su sabiduría, provinieran de la vida misma. Elas es uno de esos seres, y por eso tenemos que protegerlo.

—¿Crees que los carontianos le harían daño si se los entregáramos, o si nos lo arrebataran?

Mithas suspiró profundamente.

—No lo sé, Marina. En el fondo creo que no lo harían porque ellos mismos están conscientes de la importancia del chico.

—Tenemos que encontrar una solución a este conflicto —aseveró la chica, mirando al anciano a los ojos.

Mithas le devolvió la mirada, profundizando en el alma de la muchacha a través de sus ojos. Hubiera querido decirle que ella, en su sabiduría natural, en su propia naturaleza, podría encontrar una respuesta, pero sabía lo susceptible que era respecto a esos temas.

—Lo sé —respondió solamente.

Aunque Marina hubiera deseado quedarse en la torre de control por más tiempo y hacer algo útil ahí, recordó que tenía que volver con su protegido, ya lo había dejado solo por mucho tiempo. Pensó, con alivio, que al menos había logrado evitar encontrarse con Dorian.

Pero la satisfacción no le duró mucho, pues cuando llegó al refugio se topó de bruces con él, pues llevaba bastante prisa, y Dorian tuvo que sostenerla por los brazos para que no cayera al suelo.

—¡Dorian! Discúlpame, no te vi —dijo atropelladamente.

Él sonrió, divertido.

—Discúlpame tú también.

Ella esperaba que la soltara, pero no lo hizo. Se quedó mirándola, con aquella sonrisa discreta pero elocuente que revelaba mucho de él. Los nervios invadieron a la joven, quien se revolvió para que él la dejara libre. La sonrisa desapareció del rostro de Dorian como por arte de magia, sus manos bajaron a sus costados y entonces adoptó la postura marcial que mostraba casi siempre.

Marina se arrepintió de inmediato, pero ya era tarde. Él no dijo nada más, solo hizo una leve inclinación de cabeza a modo de despedida y la mujer se quedó clavada en el lugar durante varios segundos mientras los pasos de Dorian se escuchaban cada vez más lejanos.

Sintió un nudo en el estómago. Odiaba hacerlo sufrir así y se odiaba a sí misma por ser tan cobarde.

«Algún día encontraré el valor para decirte la verdad» pensó.

Claro, algún día.

Necesitaba descansar, la jornada le había parecido demasiado larga y agobiante; era evidente que el encierro empezaba a hacer mella en su ánimo. Marina no era para estar en un solo lugar durante largo tiempo: era demasiado inquieta, tenía que estar en movimiento, haciendo cosas, aprendiendo, emprendiendo.

Muchas veces se había sometido a sí misma a la tranquilidad y al reposo propios de los grexos cuando terminaban sus labores del día, solo para que la diferencia de su temperamento no se hiciera demasiado evidente. Pero ella no

era así. Mithas lo sabía, y por ello en muchas ocasiones le asignaba tareas que, aunque parecían insignificantes, la mantuvieran ocupada.

Encontró a Elas en la habitación que le había asignado Dorian, leyendo. Parecía tan plácido que sería una imprudencia interrumpirlo, pero el chico presintió su presencia y se volvió a mirarla.

—Hola, Marina.

La sonrisa del niño era toda la invitación que la muchacha necesitaba y se sentó en la cama junto a él para continuar con su labor de lectura.

Dorian los encontró, unas horas después, riendo a carcajadas y dando vueltas en la cama mientras trataban de hacerse cosquillas uno al otro. Conmovido, permaneció en el vano de la puerta durante un largo rato, sintiendo en sus entrañas el pinchazo de la nostalgia por los ciclos solares de su infancia, cuando también él retozaba con sus hermanos y su padre. Al mismo tiempo lo acuchilló la melancolía por lo que podría ser, por lo que podría tener, si tan solo Marina se decidiera a abrirle su corazón, si se armara de valor y por fin tomara la determinación de hablarle con la verdad, una verdad que él intuía tan claramente porque, aunque esa mujer pensara que podía ocultarle sus secretos, era transparente como el aire, al menos para él.

Se retiró al rincón que había tomado como su habitación; su ánimo se había enturbiado y no se sentía de humor para ver a nadie, y mucho menos a la mujer con la que ahora tenía que compartir su espacio. Era tan testaruda...

Se quedó dormido poco después, a pesar de que su mente se hallaba, minutos antes, revoloteando entre sus anhelos y frustraciones. Soñó que estaba en Grexas, el planeta natal de su raza, a pesar de que no lo había conocido. Corría por los campos de hierbas color púrpura y sobre él, el cielo rosa al caer el sol. Sus hermanos corrían junto con él y a lo lejos su madre los esperaba bajo un pequeño domo que usaba para protegerse de los rayos solares. Y ellos seguían corriendo, tratando de alcanzarla, pero la distancia jamás se acortaba, y cada vez corrían más rápido, pero nunca podían llegar hasta ella. La desesperación se apoderó de él y sus hermanos que, impotentes, veían cómo, a pesar de esforzarse al máximo, parecían estar clavados en el mismo lugar, hasta que un grito que salió de su garganta en el mismo sueño lo despertó.

Se sentó rápidamente y empezó a ver a un lado y otro para tratar de recordar dónde se encontraba. Con la respiración aún agitada, como si en verdad hubiera estado corriendo, se pasó una mano por el rostro, aliviado:

solo había sido un sueño, el mismo que lo atormentaba desde hacía tantos ciclos solares.

Permaneció unos instantes en la cama hasta que logró controlar su respiración. No se oía ningún ruido en el búnker y tuvo la esperanza de que Marina y Elas ya estuvieran dormidos, pero al llegar al lugar que habían acondicionado como cocina los vio a ambos, el pequeño sentado a la mesa y la chica preparando algo de comer.

—Hola, Dorian —El muchacho lo saludó alegremente.

—Hola, Elas —le devolvió la sonrisa.

—¿Quieres tomar algo de comer? —le preguntó Marina, tratando de parecer casual, pero sin dejar de percibir que Dorian se hallaba de mal humor.

—Te lo agradezco, solo vine a beber algo —respondió.

—Acompáñanos. Marina está cocinando *guelash* —le dijo Elas, como si no se diera cuenta de la tensión que había entre los otros dos.

Dorian lo miró; era un chico tan simpático y él le había tomado afecto, de modo que no pudo negarse.

—No tengo apetito, pero de cualquier manera los acompañaré —le respondió mientras tomaba asiento.

Ninguno de los dos pareció darse cuenta de lo recta que estaba la espalda de Marina debido a la tensión. La chica siguió cocinando y poco después sirvió al chico un gran plato de *guelash*, sirvió otro para ella y puso delante de Dorian otro plato con una porción pequeña.

—Come algo, has estado trabajando demasiado.

Había ternura y timidez en su tono y Dorian sintió que sus entrañas se contraían; esa mujer era capaz de provocarle las más encontradas reacciones, y a veces la odiaba por eso tanto como la amaba.

—Gracias —La miró de forma penetrante al responder y la mujer no tuvo más remedio que apartarse rápidamente, pues no soportaba el peso de esa mirada.

Elas los miraba divertido. Era perfectamente consciente de que esos dos tenían un lazo muy especial y, aunque entendía que hubiera fricciones entre ellos, le parecía tonto que no pudieran resolver sus malentendidos. Sabía que Marina amaba a Dorian, y también conocía los motivos por los cuales se negaba a vivir con él, pero también le era totalmente obvio que él estaba loco por ella.

«Los adultos se complican la vida sin razón» pensó, entre divertido y

frustrado, pues para él, la vida era demasiado preciosa como para desperdiciarla en minucias como esas. Además, había llegado a tomar gran afecto a ambos, y deseaba fervientemente que estuvieran felices, especialmente si eso era porque por fin podían estar juntos.

A veces, incluso, imaginaba que cuando Marina y Dorian resolvieran sus problemas, decidirían que él también fuera parte de su familia.

El ambiente distendido que habían disfrutado la chica y el pequeño durante parte de la tarde se esfumó por completo. Los dos adultos guardaban silencio, concentrados en sus platos como si se tratara de algo muy importante e interesante, mientras el niño los observaba alternativamente, en un esfuerzo silencioso para que lo miraran y rompieran el hielo. Solo Marina lo miraba de vez en cuando y sonreía forzosamente, pero Dorian había hecho un pacto de silencio consigo mismo y tan pronto terminó el plato se excusó para irse a dormir.

Marina sintió el pecho oprimido cuando lo vio caminar decidido hacia su habitación. Podía felicitarse: había conseguido que se alejara de ella. Pero estaba molesto, y eso la mortificaba.

Se apresuró a limpiar el desorden de la cena y llevar a Elas a su habitación para poder acostarse y tratar de descansar, pero sabía que lo que en realidad quería era pensar, tratar de encontrar una forma de congraciarse con Dorian sin comprometer su relación. Quería que él la perdonara. Sabía que él atribuía su recelo a que ella era un espíritu libre, pero ella conocía la verdad: no le habría importado gran cosa establecerse y someter sus deseos de libertad y sus ansias de aprender cosas nuevas cada día con tal de estar con él. Pero temía su rechazo más que a ninguna otra cosa.

Sintió unas terribles ganas de llorar; la opresión en el pecho se hizo insoportable y con el mayor sigilo posible abandonó el búnker, y por el refugio que hacía de centro de formación salió a la superficie, sin importarle que, si Dorian se enterara, seguramente se pondría furioso.

Esperaba ver, a la luz de las estrellas —el sistema de iluminación había sido suspendido para impedir la visibilidad a los carontianos en caso de que planearan un ataque nocturno—, los restos de los edificios que se habían dañado con el último ataque, pero todo había sido retirado por las brigadas de limpieza.

Caminando pegada a los edificios que aún estaban en pie, se dirigió a los hangares, con agilidad escaló la pared y se posó en el techo. El viento de la

noche le sentó maravillosamente. Cerró los ojos para sentir el frío en el rostro. Se recostó en el techo y al abrir los ojos se encontró con el inmenso abismo negro del cielo salpicado por infinidad de puntos brillantes, rojos, blancos, azules, anaranjados.

Por un instante se sintió feliz y al mismo tiempo se vio invadida por una tremenda nostalgia; recordó vagamente la última noche que había pasado en su hogar. Sus padres parecían muy preocupados, se miraban uno al otro y cuchicheaban entre ellos, en un esfuerzo inútil por evitar que Marina se diera cuenta de que algo andaba muy mal.

Se fueron a la cama muy tarde, pero poco después de que se apagaron todas las luces, su madre vino a su lecho.

—Mina —así la llamaban sus padres—, despierta, tenemos que irnos.

La voz de su madre era solo un susurro, pero ella apenas empezaba a encaminarse al sueño, de modo que la oyó claramente.

Todo lo que ocurrió después fue como un sueño nebuloso: sus padres y ella corriendo hacia la frontera; al llegar al borde una patrulla los detuvo, pero su padre les gritó:

—¡Sigán corriendo, no se detengan!

Mientras, él había dejado de correr y se había puesto de rodillas sobre el suelo, esperando distraer a los guardias, pero unos cuantos se encargaron de su padre y otros se dedicaron a dispararles a su madre y ella.

Ahogando el llanto, muertas de miedo y cansancio, llegaron a Grexas al despuntar el día. Solo cuando dos mujeres las vieron y se acercaron a auxiliarlas, se dio cuenta de que su madre estaba herida.

—Cuiden a mi hija —dijo a las dos mujeres con su último aliento.

Sin darse cuenta, las lágrimas bañaban su rostro y sus sienes; aquella noche había sido tan oscura como esta. Pero el sufrimiento no había terminado esa noche, en que perdió a sus padres y su hogar.

Las mujeres la habían llevado con el consejo de ancianos y Mithas, tras interrogarla brevemente, dijo que él se haría cargo de la pequeña, a quien llamó Marina.

Mithas siempre había sido muy cariñoso con ella y lo único que le había pedido a cambio de su protección era que fuera una buena chica, y que no revelara su origen.

—¿Tiene algo de malo de dónde vengo? —preguntó la niña inocentemente.

Mithas rio por lo bajo.

—No, Marina, no tiene nada de malo. Sin embargo, creo que es mejor que mantengamos eso en secreto. ¿Te parece bien? Será nuestro secreto.

La niña asintió.

Mithas sabía que no tenía que mentir a sus compañeros del consejo, ellos ya sabían quién era la niña; su padre era un viejo amigo de los ancianos, pero su amistad no era bien vista por su pueblo y sus gobernantes lo habían acusado de traición, a pesar de que él jamás había cometido un solo acto en contra de su pueblo.

El consejo accedió a proteger a la pequeña y desde entonces Marina había vivido como un grexo más.

No supo cuánto tiempo estuvo tumbada así, inmóvil, viendo las estrellas y recordando lo poco que su mente guardaba de su pasado antes de llegar a Grexas. Hubiera podido quedarse ahí toda la noche, pero no quería que el alba la sorprendiera fuera del refugio, y mucho menos que Dorian se diera cuenta de que había salido, así que volvió con el mismo sigilo con que había escapado.

La puerta del búnker bajo la torre de control se cerró silenciosamente y del mismo modo ella se dio la vuelta para volver a su habitación cuando una silueta, a escasa distancia de ella, la hizo detenerse en seco.

Palideció al reconocer a Dorian en la oscuridad. Su expresión era un témpano, pero podía ver que estaba furioso.

—¿Qué voy a hacer contigo? —A pesar de que apenas fue un murmullo, su voz ronca resonó en la cabeza de la mujer.

Él se acercó un paso y quedó frente a ella, bajando el rostro para poder mirarla a los ojos.

—Yo solo... —No atinaba a explicar nada.

—Tú solo, ¿qué? —la instó en un tono tan suave y clavando su mirada en ella de tal forma que nadie que no fuera Marina hubiera sospechado que estaba consumido por el enojo y la impotencia.

—Salí a tomar un poco de aire fresco —suspiró, dándose por vencida.

—Saliste a tomar un poco de aire fresco —repitió él, separando las palabras para dejarle ver lo molesto que estaba por su imprudencia.

Marina temblaba; odiaba que la intimidara de esa manera, pero conocía muy bien la razón: si no lo amara, jamás habría podido provocar en ella ese anhelo y ese miedo a que descubriera lo que había en su interior.

—¿Tienes idea del peligro que corres al hacer una tontería como esa? —

Era evidente que Dorian se estaba conteniendo para no estallar y, a pesar de eso, ella pudo sentir que su aliento la acariciaba.

Hubiera querido gritarle que sí, que lo sabía, que estaba consciente de ello, que conocía a los carontianos mejor que él, pero no tenía fuerzas para discutir, no en ese instante.

—No volverá suceder, capitán —recapituló, tratando de imprimir docilidad a sus palabras.

Si antes la fuerza de voluntad de Dorian había evitado una explosión, el tono en que lo llamó «capitán» fue más de lo que podía soportar, pues con ese simple acto ella pretendía poner distancia entre ambos, marcar una línea que no deseaba que él cruzara.

Ella hizo ademán de dirigirse a su aposento, pero él la tomó por el brazo y la detuvo.

—¿Por qué saliste?

—Ya te lo dije, solo quería tomar aire fresco.

—¿Por qué?

Ella se retorció, tratando de zafarse, pero no lo consiguió.

—¿Por qué? Estamos bajo tierra, por si no lo has notado. Necesitaba salir, estoy asfixiándome aquí.

Él lo sabía, lo comprendía incluso. Pero no dijo nada, se la quedó mirando fijamente y de pronto ella creyó entender el porqué de sus cuestionamientos. Le había expuesto sus sospechas de que hubiera un traidor entre las filas de los grexos y por un instante pensó que quizá él estuviera contemplando la posibilidad de que se tratara de ella. Si eso fuera cierto, si él pudiera creer tan solo por un instante que ella era la soplona, aquello la ponía en una situación todavía más delicada.

Se sintió herida y molesta. Se revolvió con fuerza y esa vez sí logró deshacerse del férreo agarre de la mano masculina.

—No volverá a suceder, capitán —afirmó, haciendo un enorme esfuerzo por contener las lágrimas.

Capítulo 3

Por alguna razón, quizá por el encierro prolongado, porque no habían visto la luz del día en varios días y su rutina se había visto trastocada de una manera tan radical, los chicos del centro de formación se habían comportado de una forma terrible, como si se hubieran puesto de acuerdo para hacer todo lo posible para que los instructores se salieran de sus casillas. Incluso Elas había estado un poco inquieto, contagiado por sus compañeros, pero no había perdido la compostura como ellos.

Llegada la hora de concluir la jornada de formación, Ontrés, el director, anunció la salida de forma vehemente. Los profesores estaban exhaustos.

Marina llegó a su búnker junto con Elas, a quien dejó en su habitación; decidió ducharse para tratar de deshacerse del cansancio y el agobio por el encierro.

Cuando salió, Elas ya la esperaba en la cocina con la comida preparada.

—Vaya, vaya, no sabía que entre tus talentos también se encontrara este —le dijo, sorprendida.

Se sentó a comer y se sorprendió ante lo sabroso que estaba lo que el chico había preparado. Pensó, con cierta tristeza, que en realidad él no la necesitaba, tenía la sensación de que podía ser autosuficiente y valerse por sí mismo sin ningún problema.

No se dio cuenta de lo ensimismada que estaba hasta que Elas le dijo:

—¿Por qué no solo se lo dices, y ya?

—¿De qué hablas? —inquirió, perpleja.

Elas la miraba con gran seriedad. Palideció al comprender lo que quería decirle. Se preguntó cómo él podía saber con tanta certeza qué era lo que pasaba por su cabeza, qué era lo que ella temía. Sabía que el chico, por razones que ella no alcanzaba a comprender, era depositario de una sabiduría ancestral, pero en ocasiones le costaba creer que ese niño de apariencia bondadosa y hasta frágil pudiera tener una intuición tan desarrollada.

—Es complicado —respondió, fingiendo concentrarse en la comida.

No quería hablar de eso con Elas. Ni siquiera deseaba pensar que él estuviera al tanto de su dilema, y le avergonzaba que un pequeño de tan solo nueve ciclos solares le diera consejos sobre cómo resolver su situación sentimental, consejos mucho más sensatos de lo que ella pudiera considerar.

—No es complicado —afirmó él—. Solo se lo dices, y ya. No es tan grave; además, el capitán es muy comprensivo, y está enamorado de ti.

—¿No es tan grave? —replicó ella en tono irónico.

—Estás pensando por él. Deberías dejar que él decida.

Marina lo miró; sabía que Elas tenía razón, pero, por primera vez, le exasperaron sus palabras. Para él era fácil pedirle que se arriesgara porque no tenía nada que perder, pero ella no quería correr el riesgo de que Dorian la despreciara. Podía ser muy temeraria para cualquier otra cosa, pero tratándose de sus sentimientos, había aprendido que lo mejor era ser precavida.

—He perdido el apetito —declaró, y salió abruptamente del comedor.

«Es su última oportunidad. Demos al muchacho o destruiremos lo que queda de Grexas. Esperamos una respuesta esta noche».

El mensaje había llegado muy temprano esa mañana al centro de control, y Dorian, junto con sus subalternos, había acudido inmediatamente ante el consejo.

—Tenemos que tomar una decisión —habló Yiro—. No podemos permitir que destruyan Grexas.

—Pero tampoco podemos darles al niño —intervino Cérer.

—Ellos no negociarán con nosotros —afirmó Hong.

Guardaron silencio, en espera de que Mithas hablara. Este permanecía en silencio, mirando la pantalla donde hacía unos instantes habían visto el rostro recio y agresivo del líder de los carontianos.

—Ante todo, debemos buscar una solución pacífica —dijo, al fin.

—Pero ¡no somos nosotros quienes estamos propiciando la guerra! —exclamó Hong.

—No, pero si los carontianos se van por las armas, es nuestro deber frenar su iniciativa —afirmó Mithas.

—¿Y cómo haremos eso? La única forma de detenerlos es dándoles a Elas —replicó Hong.

—No podemos darles a Elas —aseguró Dorian, adelantándose a Mithas.

—La única solución es que nos marchemos de aquí, sacar al chico y a

todos, pero ¿a dónde iremos? No tenemos tanto tiempo para evacuar. ¡Es imposible! —exclamó Cérer.

—Esa solución está descartada por inviable, al menos de momento. Hablaremos con los carontianos. Por una vez, tendrán que negociar —Mithas se quedó mirando la pantalla con la expresión más seria que nadie le había visto nunca.

Rowan, quien en ese momento era el encargado de hacer las transmisiones, envió la respuesta de los grexos a los carontianos.

Mithas les exponía su deseo de no llegar a la destrucción, de detener ese conflicto y negociar para que los carontianos pudieran hablar con Elas, bajo la atenta mirada de los grexos, a quienes la madre del niño había encomendado su cuidado. Arreglarían una teleconferencia y ellos podrían preguntarle al chico todo lo que quisieran. Mithas no lo dijo explícitamente, pero se sobreentendía que, ante todo, querían evitar el contacto directo entre los carontianos y el muchacho.

Durante varias horas esperaron una respuesta por el mismo medio, pero esta no llegó.

A media tarde, el resplandor del sol bañaba toda la plaza principal, pero no había un alma para verlo; todos estaban abajo, aguardando.

Capítulo 4

El golpe resonó seco, repetido por el eco de la habitación, y luego el silencio se hizo aún más profundo. Trenius, el líder los carontianos, estaba furioso. La respuesta de los grexos no era, después de todo, lo que esperaba. Suponía que la amenaza de destrucción sería suficiente para que decidieran que no valía la pena que toda su raza fuera gravemente diezmada o, incluso, aniquilada solo para proteger a un pequeño que ni siquiera era uno de ellos.

El que lo defendieran con tanto denuedo solo reafirmaba su convicción de que el chico era demasiado importante como para dejarlo ir. Pero, a pesar de todo, no quería llegar el límite. Los grexos ya estaban sobre aviso y él sabía que, a pesar de su naturaleza pacífica, estaban tan bien armados y equipados como los carontianos, y una confrontación a ese nivel podía resultar desastrosa para cualquier bando.

Nadie se atrevía a preguntar cuál sería el siguiente paso, todos guardaban silencio en espera de que el jefe hablara primero. Sin embargo, Trenius mantuvo la mirada en el monitor de comunicaciones, los puños apoyados en la mesa de control y, tras permanecer así durante dos minutos, se marchó sin decir una palabra.

Los grexos se habían instalado bajo tierra lo más cómodamente posible, aunque ello no significara que estuvieran contentos. Anhelaban la luz del sol y volver a sus tareas cotidianas.

La reclusión empezaba a hacer mella en el ánimo colectivo: se suscitaban conflictos por minucias, muchos estaban irritables y otros se mostraban retraídos.

Solo Elas era el mismo de siempre, pero ni siquiera su serenidad proverbial lo salvó de la ira de Marina, quien descargó en él muchas de sus frustraciones al reprenderlo muy severamente por haber salido del búnker de la torre de control para visitar a algunos de sus compañeros del centro de formación en las habitaciones que ocupaban provisionalmente.

—¿Es que no entiendes lo importante que eres? —lo zarandeó—. No debes volver a salir, especialmente sin mí. ¡Ve a tu habitación!

—Lo siento, Marina, no quería preocuparte —replicó el pequeño, muy serio, antes de ir al pequeño cubículo que ocupaba.

Nunca la había visto tan enfadada, pero entendió que había obrado mal al salir de su búnker sin avisarle.

Ella se arrepintió de su arrebato tan pronto Elas le dio la espalda. La resistencia de sus nervios estaba llegando al límite: no solo el aislamiento la torturaba, se sentía con las manos atadas, esperando pasivamente a que los carontianos atacaran, cuando a ella le hubiera gustado dirigir una incursión bien armada al centro militar de aquellos y destruir todas sus armas.

Aquel pensamiento le daba miedo, pues no era sino la confirmación irremediable de su naturaleza, esa que tanto temía y que había tratado de reprimir y ocultar durante gran parte de su vida.

De la pequeña cocina tomó algo dulce y lo llevó a Elas.

—Perdóname —le dijo, acariciándole la cabeza mientras él comía con gesto de felicidad—. Estoy muy nerviosa, el encierro me está afectando.

—Sé que preferirías estar en el centro de control planeando una estrategia contra los carontianos. Pero tú sabes que esa no es la solución —adujo el muchacho con una dulzura y una convicción tan grandes que Marina sintió deseos de abrazarlo.

No cabía duda: Elas era mucho más sabio que ella.

—No, no lo es. Claro que lo sé —volvió a acariciar su cabeza y luego salió silenciosamente de la minúscula habitación.

Necesitaba pensar. Se sentó en el piso, con las rodillas frente a su pecho, respaldada en la pared, y cerró los ojos. Siempre le había gustado esa posición cuando tenía que reflexionar sobre cualquier cosa.

Ella conocía a los carontianos, sabía cómo pensaban y tenía una idea clara de lo que podrían estar planeando en ese momento. Lo que no entendía eran sus motivos para querer a Elas, a pesar de que Mithas ya se los había explicado.

Estaba segura de que no aceptarían una solución pacífica, querían a Elas por las buenas o por las malas, y no tendrían reparos en conseguir su objetivo por la fuerza, aunque ello tuviera consecuencias devastadoras.

Se llevó las manos al rostro, impotente.

Se dio cuenta de que alguien se sentó junto a ella por el crujido de la tela.

Abrió los ojos y se topó con Dorian, quien sonreía con cansancio.

—Hola —la saludó.

Aquella familiaridad le resultaba dolorosa, pero en ese momento estaba tan cansada que estaba dispuesta a bajar sus defensas, aunque no estuviera muy consciente de ello.

—Hola —respondió, sonriendo también.

Dorian preguntó por Elas, ella le explicó que se hallaba en su habitación, pero omitió decirle que lo había reprendido severamente.

—Es un gran chico —agregó él—. No puedo hacerme a la idea de que los carontianos se lo lleven. No serían justo para él, no sabrían cómo tratarlo.

—Sí, son unos bárbaros —admitió ella, y el dolor que ello le provocaba logró disfrazar la ironía de sus palabras

Él observó su rostro.

—Pareces cansada.

—Estoy cansada —reconoció, respaldando la cabeza sobre la pared—. Pero también estoy frustrada y...

—Sí, lo sé —le interrumpió Dorian, sonriendo—. Ven aquí —Y pasando su brazo por detrás del cuello femenino la atrajo hacia él hasta que la cabeza de ella quedó apoyada sobre su hombro.

Ella se dejó hacer. ¡Oh, aquello se sentía tan bien! Añoraba su contacto, el refugio de sus brazos, el consuelo de su aroma tan familiar, la paz de saberlo cerca.

Con la mano que le quedó libre, el capitán empezó a acariciar su mejilla; ella cerró los ojos, su tacto la relajaba. Dorian colocó con delicadeza un mechón de cabello tras su oreja, continuó el roce hasta su cuello, subió hasta su barbilla y suavemente la elevó un poco para poder besar sus labios. Ella no lo rechazó, por el contrario, lo recibió, al principio con ternura y luego con apremio. Realmente lo necesitaba: él era el fiel de su balanza, su equilibrio, el ancla que la salvaba de lanzarse al vacío.

Él se sintió sorprendido y feliz al comprobar que ella lo aceptaba sin reparo alguno, pues al principio pensó que lo rechazaría. Con sorprendente agilidad se puso en pie, la tomó en brazos y la llevó a su habitación.

«¡Qué rayos!» alcanzó a pensar Marina. «Seré feliz en este momento». Y se olvidó de los carontianos, de su conflicto interno, de sus temores, de Elas...

Abrió los ojos con lentitud. Pronto su mente retomó su curso habitual:

estaba en la habitación de Dorian, quien estaba profundamente dormido, su faz serena y reconciliada con el universo. Sintió la imperiosa necesidad de acariciar su rostro y, esforzándose por no hacer ruido, salió de la cama, recogió su ropa y se dirigió a su habitación.

Tal vez había sido imprudente, tal vez había cometido un error, pero si los carontianos atacaban con toda su furia y aquello salía mal para ellos, quería que el recuerdo de los brazos de Dorian fuera lo último que viniera a su mente, la última cosa maravillosa que pudiera evocar. Se prometió a sí misma contarle todo, revelarle toda la verdad, tan pronto como fuera posible.

Intentó dormir, faltaban aún algunas horas para el alba, pero no podía alejar de su mente lo último que había hecho: se estremecía al recordar el tacto de Dorian, el paso lento de sus dedos sobre su piel, sus besos pausados y dulces... Y se preguntaba cómo tomaría él lo que tenía que decirle. Tendría que arriesgarse, había decidido que ya no iba a ocultarlo más, él tenía que saberlo todo sobre ella.

A pesar de que salió de la cama muy temprano, Dorian ya no estaba en el búnker cuando fue a buscarlo. Entonces fue a ver al niño, que estaba sentado en la cama, ya ordenada.

—Elas, cariño, ¿cómo dormiste?

—Dormí muy bien, Marina. ¿Y tú?

—No tan bien, pero no te preocupes. ¿Quieres comer algo?

—Claro —respondió sonriendo.

Ella le hizo un ademán para que la siguiera a la cocina y, aunque prefería labores más rudas, consiguió preparar algo delicioso para el chico y para ella. Al terminar no supieron qué más hacer. Todas las actividades estaban suspendidas, a la expectativa de un ataque enemigo. Marina odiaba la pasividad, pero sabía que en esos momentos era crucial que permaneciera con Elas.

—Todo estará bien, Marina, ya lo verás —Elas rompió el silencio que se hizo entre ellos cuando terminaron de comer.

—¿Cómo lo sabes? —Sabía que el chico poseía una gran sabiduría, pero no podía evitar que su mente estuviera llena de dudas sobre el porvenir.

A pesar de ello, jamás había dudado de su deber: cuidar a Elas, mantenerlo seguro a toda costa, evitar que cayera en las manos equivocadas. Y no solo por el mal uso que pudieran dar a sus conocimientos, a su sabiduría, no. Era que se había acostumbrado demasiado a él; ese niño singular, amable y

optimista, sabio como un anciano, era parte fundamental de su vida. Lo amaba tanto como si fuera de su familia, ella lo consideraba así, después de todo, lo conocía desde que era solo un bebé y desde entonces se hacía cargo de él, si no como una madre, como una hermana mayor.

Él la miró, con una expresión extrañamente seria tratándose de él.

—Los carontianos no son tan malos como tú piensas, Marina, ni tan irracionales.

—Pero ¿tú cómo lo sabes? No has tratado con ellos, eras demasiado pequeño cuando tu madre te trajo aquí y no creo que puedas recordar nada sobre ellos.

Ella hubiera querido sonreír, pero no quería ofender a su tutora, quien a veces olvidaba que él era El Sabio, pero era muy disculpable, porque ella lo veía como a un niño al que había que proteger, un chico ingenuo que tenía mucho que aprender de la vida y de la naturaleza de las diferentes criaturas.

—Solo lo sé. He tenido bastante tiempo para estudiarlos. Sé que quieren que yo les sea entregado, pero si fueran a tomar medidas más drásticas de las que hasta ahora han llevado a cabo, créeme, no estaríamos aquí en este momento.

La muchacha sabía que tenía razón.

—¿Qué crees que harán?

—No lo sé, pero pienso que por una vez dejarán de lado el camino de las armas y tratarán de negociar. Ellos tampoco quieren una guerra, al menos no este momento; están muy desgastados después de la guerra que llevan sosteniendo desde hace tiempo con los Noi —explicó.

La chica lo miró fijamente. Sus palabras eran las de un adulto versado en asuntos bélicos, no las de un pequeño de nueve ciclos solares. Había sonado como Dorian, académico, seguro de lo que decía.

—Ojalá tengas razón. Nunca he entendido del todo por qué los carontianos siempre quieren resolverlo todo por medio de la violencia.

Ella sonrió, con esa sonrisa fresca y tranquilizadora que transmitía claramente lo que había dicho antes: «todo saldrá bien.»

Capítulo 5

—Esta tranquilidad no puede ser buena —dijo para sí Dorian mientras miraba desde la torre de control la plaza central de Grexas, donde no había ni un alma en el apogeo del día.

No había visto a Marina en todo el día y realmente la extrañaba, después de la maravillosa noche que habían compartido. Si alguna vez había tenido la más mínima duda, en ese momento estaba convencido del todo de que ella lo amaba. Tenía que hablar con ella, poner fin de una vez por todas a sus absurdos temores, debía dejarle en claro que la amaba tal cual era, y precisamente por ello.

Siempre supo que ella no era un grexo, eso era obvio: no solo sus rasgos faciales eran diferentes, sino sus actitudes, su temperamento, incluso su forma de moverse. Era distinta en todos sentidos y la amaba por eso, era única, era... ella.

Pero no había tiempo para pensar en ello en ese instante, tenía que concentrarse en determinar en qué podría consistir la siguiente ofensiva de los carontianos.

Llamó a Doodge y le pidió que reuniera a todos los jefes de los equipos tácticos, aunque ya habían acordado una estrategia defensiva.

—Las fuerzas de ataque carontianas continúan inmóviles, en espera de una nueva orden —informó Doodge cuando todo el equipo estuvo en la sala de control.

—¿Qué estarán esperando? —cuestionó Dorian casi para sí mismo.

Algunos se encogieron de hombros, otros permanecieron inmóviles. Todos sabían que esa pasividad de los carontianos no era usual.

—Comprendo que no hayan respondido todavía a la propuesta de Mithas, lo que no entiendo es que ni siquiera hayan respondido con un ataque —opinó Dorian.

—Estamos preparados para repeler un ataque terrestre o aéreo —aclaró Amer, el jefe de defensa.

—Tenemos listos los cañones sónicos y de plasma —intervino Mor, quien coordinaba la estrategia terrestre.

No le estaban informando nada que no supiera ya, pero Dorian se sintió satisfecho de que le reafirmaran el estar listos y en alerta.

—¿Dónde está Jeb? —preguntó al percatarse de que el jefe de comunicaciones no se había presentado.

—Yo lo vi abajo hace un rato —informó Luc, quien lideraba al equipo de tecnología.

Como si lo hubieran invocado, el aludido apareció, agitado.

—Disculpen la demora —se excusó cuando todos lo miraron al entrar—. Uno de los equipos está fallando y tuve que quedarme a repararlo.

Dorian lo miró. Si había alguien bien informado en Grexas sobre todo lo concerniente a los equipos, armamento, naves, ordenadores y todo lo que tuvieran que ver con el equipamiento tecnológico, era él, junto con el consejo de ancianos, y hasta el momento no se había enterado de que hubiera ningún equipo averiado.

—¿Desde cuándo se está presentando esa falla? —le cuestionó.

—Desde hoy, señor. Hoy ha sido la primera vez, hace unos minutos.

—Quiero un informe detallado sobre la avería —dijo al fin con su seriedad de siempre.

Jeb asintió.

—Bien, a sus puestos —ordenó Dorian.

Cuando casi todos se hubieron retirado se acercó a Doodge.

—Quiero que vigiles muy de cerca a Jeb —le ordenó en voz baja.

Doodge asintió sin decir una palabra, y se marchó. Aquella orden le pareció muy extraña, pero no iba a cuestionar al jefe. Su instinto nunca había fallado y era famoso por su aguda intuición.

Cuando Dorian se quedó solo se dirigió a su ordenador y buscó el expediente de Jeb. Era jefe de comunicaciones desde hacía tres ciclos solares y siempre había cumplido a cabalidad con sus funciones. Era un joven tranquilo y disciplinado, como todos los grexos, y también huraño y solitario.

Siguió leyendo; en la academia se le consideró con mucho potencial, pero introvertido y poco sociable.

Recordó las sospechas de Marina. Si bien los ataques de los carontianos habían sido solo de advertencia, se habían efectuado lejos de donde se hallaba Elas, de forma muy obvia, ahora lo notaba.

Dedicado en orquestar la estrategia de defensa, no había tenido tiempo de preocuparse por un posible espía. En esos momentos supo que debió concentrarse en ello. Tal vez, incluso, Marina habría podido ayudarlo: era astuta y tenía un instinto infalible, aunque muchas veces lo desafiaba poniéndose en peligro de forma deliberada.

Se propuso hablar con ella esa misma noche y exponerle el asunto; estaba seguro de que, con su agudeza, ella podría arrojar un poco más de luz a la cuestión. Después de todo, había sido ella quien primero había sospechado de un traidor.

Ayudada de un proyector holográfico, Marina mostraba a los chicos del centro de formación cómo era el espacio exterior. Les hablaba de las estrellas, de cómo estaban conformadas por gases y roca; de las súper novae, de las enanas blancas y azules, de los agujeros negros y blancos, de los planetas, de las lunas. Era un tema que a ella en lo particular le fascinaba. En un par de ocasiones había tenido la oportunidad de volar a la luna Faris y ver la inmensidad, el negro abismo del universo y la infinidad de puntos luminosos en los que podría haber miles de formas de vida, extrañas y fantásticas. Aquello la ponía eufórica, despertaba su más profunda curiosidad y su más salvaje sentido de aventura.

En un tiempo se ofreció para conducir la nave que traía el mineral combustible de la luna al planeta, y consiguió que le permitieran hacer unos cuantos viajes, pero Mithas insistió en que tenía que concentrarse en cuidar de Elas. Aunque adoraba al chico, no comprendía por qué el anciano se empeñaba en mantenerla a su cargo y tuvo que aceptar de nuevo, a regañadientes, la encomienda.

A veces pensaba que sus padres habían nacido en Birnu, pero tal vez algo en ellos era externo al planeta, quizá tenían ancestros de otros mundos lejanos y exóticos. Quizá su origen ancestral estaba grabado en su código vital y ella, inconscientemente, sabía que pertenecía a otro lugar, fuera de ese mundo. Claro que otras veces suponía que imaginaba todo aquello para explicar su afán casi irrefrenable de aventuras, y se calmaba a sí misma pensando que su naturaleza impulsiva deseaba imponerse y ella debía controlarla. Siempre terminaba tratando de convencerse de que sus afanes se debían al deseo inconsciente de encontrar un lugar al que verdaderamente perteneciera, en el que sintiera una más y no como un individuo único.

Además, tenía una deuda de gratitud con Mithas y con Grexas, y pensaba pagarla.

Por ello no insistió más en viajar fuera de Birnu, pero se consolaba pensando que tal vez, algún día, sería libre para hacerlo.

Terminó la clase con una pequeña tarea para los chicos relacionada con todo lo que habían visto, y se dedicó a descansar un rato; enseñar podía ser una labor extenuante, aunque le encantaba convivir con los niños, siempre había algo que aprender de ellos.

Por fortuna, un equipo conformado exprofeso llevó algunas sillas y otros artefactos útiles para hacer más cómoda la estancia de todos en el subterráneo, así que pudo tomar asiento confortablemente mientras miraba cómo sus pupilos se divertían.

Mithas y los demás ancianos se acercaron en ese momento, todos daban la impresión de estar muy fatigados.

—¿Aún nada? —preguntó la chica a su tutor.

—No —respondió Mithas—, pero no debemos perder la esperanza.

—Elas dice que todo saldrá bien —replicó, pero era claro que ella no estaba convencida de ello.

Mithas y los otros ancianos sonrieron.

—Elas es un chico muy sabio —opinó Yiro.

Los demás coincidieron.

A Marina le hubiera gustado preguntar a Mithas qué pensaba que harían los carontianos, si creía que atacarían violentamente, pero no se atrevió a cuestionarlo delante de los demás miembros del consejo. Aunque siempre la habían tratado con mucha consideración, y tal como si fuera un grexo, ella siempre se sintió más cómoda con Mithas, él era como su padre.

Los ancianos se retiraron tras echar un vistazo al pequeño grupo de alumnos de Marina; los demás profesores se hacían cargo de chicos de otras edades. Ella se quedó justo donde estaba.

—Daría lo que sea por saber qué estás pensando en este momento —La voz suave de Dorian la hizo sobresaltar.

Sonrió instintivamente al verlo; él se sentó a su lado.

—No tengo mucho tiempo, debo estar en el puesto de mando, pero decidí tomar un breve descanso.

Marina iba a preguntar quién estaba vigilando en la torre de control, pero él se adelantó:

—Doodge está cubriéndome.

Guardaron silencio por un instante, mientras veían jugar a los chicos.

—Tengo que decirte algo —empezó él.

—Yo también tengo algo que decirte —replicó ella.

Dorian guardó silencio, esperando que ella planteara su punto, pero no lo hizo, solo se lo quedó mirando. El hombre sonrió.

—Bien, empezaré yo —Se acercó a ella para hablarle casi al oído, lo que provocó un escalofrío en la mujer—. ¿Recuerdas cuando me dijiste que era muy extraño que los carontianos no atacaran donde se encontraba Elas, como si supieran exactamente cuál es su ubicación?

Ella asintió; claro que lo recordaba, incluso llegó a temer que él pensara que ella pudiera ser una espía.

—¿Qué piensas de Jeb, el jefe de comunicaciones?

Marina hizo una mueca de extrañeza; no había tenido gran contacto con Jeb, no solo porque sus diferentes ocupaciones hacían que no coincidieran en los mismos lugares y horarios, sino porque el joven era huraño y escurridizo.

—¿Sospechas de él? —preguntó al fin.

Dorian le explicó lo que había ocurrido por la mañana.

—Bueno, no es nada extraño que un equipo pueda llegar a fallar, hay aparatos que ya tienen demasiado uso, algunos ya deben haber rebasado su vida útil.

—En otras áreas tal vez —admitió él—, pero no en comunicaciones, armas o tecnología ambiental. Si un equipo de esas áreas falla soy uno de los primeros en enterarme, y nadie me notificó nada sobre una falla en las comunicaciones.

—Bueno, pero él dijo que acababa de fallar el equipo —argumentó Marina.

Dorian dejó escapar el aire. Quizá ella tenía razón, tal vez estaba viendo sospechosos y traidores en el lugar equivocado, tal vez ni siquiera existían. Otra de las cualidades que caracterizaban a los grexos era la lealtad, de modo que un traidor era no solo inusual sino casi impensable. ¿Qué motivos podría tener un grexo para volver la espalda a su propio pueblo?

Pero Marina sabía que la desconfianza de Dorian no era fortuita, algo debía haber visto en el muchacho para albergar semejante sospecha.

—No lo sé, Marina. Sé que es ridículo, pero siento que Jeb está ocultando algo.

—¿Ya viste su expediente? ¿Lo estás vigilando?

El capitán sonrió, le encantaba que Marina pensara con esa lógica. No necesitaba tener conocimientos tácticos o una preparación bélica para saber lo que tenía que hacerse en un caso como ese.

—Le pedí a Doodge que lo observe de cerca. En su expediente no hay nada fuera de lo normal.

Guardaron silencio por un instante, sopesando las posibilidades.

—Yo creo —dijo ella lentamente— que lo mejor es hablar de todo esto con los ancianos.

Dorian sopesó la propuesta y consideró que era lo más prudente.

Se quedaron mirando unos segundos. Dorian no pudo evitar sonreír como un niño, se sentía feliz al poder compartir con Marina un momento de cercanía y complicidad tan íntimo. Ella, por su parte, se perdió en el aura clara de esos ojos que le mostraban tanto amor.

Salieron del trance, muy a su pesar, cuando él sugirió que lo mejor era hablar con el consejo en ese mismo instante. Mientras se dirigían a la habitación donde sesionaban los ancianos, Dorian le preguntó:

—¿De qué querías hablarme?

Ella detuvo la marcha, e iba a empezar a hablar, quería explicarse sin demora y dejar las cosas en claro entre ellos, no podía posponer más el decirle la verdad a Dorian, pero la intempestiva llegada de los ancianos se lo impidió.

Al parecer habían discutido algo importante, dada la gravedad de sus expresiones, pero Dorian pensó que sus sospechas compartidas con Marina también eran un asunto de gran trascendencia.

—Tenemos que decirles algo importante —les soltó a bocajarro cuando los tuvieron de frente.

Los ancianos se miraron y asintieron en silencio, luego les hicieron una seña para que los siguieran al improvisado cuarto de sesiones.

El comandante les explicó sin ambages cómo Marina había empezado a sospechar que pudiera haber un espía, y les narró el incidente de la mañana con Jeb.

Los ancianos guardaron silencio por un buen rato mientras se miraban unos otros, comunicándose sin palabras sus pensamientos y deducciones. Fue Mithas quien finalmente habló:

—Es cierto que resulta bastante sospechoso que los carontianos nunca

hayan atacado el sitio exacto donde se encuentra Elas, y tendremos que tomar medidas al respecto. Pero no creo que la demora de Jeb sea motivo suficiente para despertar suspicacias sobre él. De cualquier manera —continuó—, debemos mantenerlo vigilado.

—Yo creo que incluso sería conveniente —intervino Yiro— separarlo de su puesto.

Los demás asintieron.

—Creo que también es conveniente que Marina y Elas se muden, y que solo nosotros conozcamos su ubicación —dijo Dorian.

Marina no esperaba aquello, y no pudo evitar mirarlo con asombro y con cierta decepción al pensar que tendría que separarse de él, pero sabía que aquello era lo más prudente. Tras deliberar por unos minutos, se decidió que lo más seguro era trasladarlos a una antigua bodega de suministros que se hallaba un nivel más abajo que el subterráneo en que se encontraban en esos momentos.

La mujer sintió que le estrujaban el corazón: entonces estaría aún más confinada y, peor aún, prácticamente sola con Elas. No es que le molestara la presencia del niño, por el contrario, lo quería demasiado, pero Elas era como un anciano, sabio y experimentado en un cuerpo de niño, mientras que ella necesitaba acción y movimiento para sentirse viva.

La reunión terminó tan rápido como había iniciado, con los acuerdos pertinentes. Luego, todos se dispusieron, apresurados, a continuar con sus respectivas ocupaciones. Marina y Dorian solo tuvieron tiempo de dedicarse una mirada fugaz pero ardiente, y a ella no le quedó más que lamentarse por haber visto truncadas sus intenciones de dejar todo en claro con él.

Capítulo 6

Elas no había protestado por el cambio, de hecho, no había dicho nada, excepto que estaba bien. Lo había tomado con su consabida calma, como si nada de lo que pudiera ocurrir le molestara, como si las incomodidades no significaran nada para él.

Nuevamente, la chica se sintió conmovida y asombrada por el estoicismo del pequeño y, por enésima vez, deseó ser como él. Pero sus naturalezas eran muy diferentes, ella lo sabía y, aun así, se entendían.

Como pudo improvisó para ambos una cama en el suelo. Había sido un largo día y ella estaba exhausta, no solo por sus actividades físicas, sino por todas las emociones que había experimentado en los últimos días. Se lavó, después de cenar frugalmente, y se dispuso a dormir. Elas se divertía con unos hologramas del espacio, adivinando los nombres de planetas y estrellas.

—¿Aún no tienes sueño? —le preguntó ella, al ver que parecía muy entretenido.

—No, pero me dormiré ya, pues tú necesitas descansar.

—No es necesario, puedo dormir mientras tú juegas —replicó mientras emitía un aparatoso bostezo.

Guardaron silencio por un instante y Marina se disponía a dormir cuando el chico habló:

—En realidad me gustaría poder hablar con los carontianos, Marina. No creo que sean tan malos como todos piensan.

Ella se incorporó.

—¿Ah, no? ¿Por qué piensas eso, Elas?

—Porque hasta ahora no le han hecho daño físico a nadie. Si observas, ellos solo han atacado las instalaciones, pero no han herido a nadie. Los carontianos son fuertes y ariscos, hostiles en su trato, pero a pesar de las tensiones con los grexos siempre han mantenido la civilidad.

Marina no podía negar que los razonamientos del chico eran muy lógicos, pero ella conocía a los carontianos, ella misma y su familia habían sido

víctimas de sus prejuicios, de su manera tan sesgada de ver e interpretar las cosas.

—Pero ellos te han reclamado para sí, Elas, dicen que eres uno de ellos y quieren llevarte, apartarte de nosotros.

El niño clavó en ella sus profundos ojos oscuros.

—Yo estoy convencido de que se puede negociar con ellos.

—¿Se lo has sugerido al consejo? —cuestionó ella, intrigada.

—Solo se lo mencioné a Yiro, pero me parece que su temor al temperamento de los carontianos es mayor que su espíritu aventurero. No quiere arriesgarse. Supongo que se lo comunicó a los demás consejeros, pero piensan que mi idea es muy temeraria.

—Yo tampoco me arriesgaría. Es posible que estés juzgando a los carontianos de manera muy blanda.

—No todo es lo que parece, Marina —le dijo el muchacho de forma enigmática.

Ante el tono misterioso usado por Elas, ella se sintió tocada. Sabía que el chico tenía conocimiento de quién y qué era ella, y aquello le resultó incómodo. De pronto no quiso seguir hablando del tema. Consideró que, hasta cierto punto, era extraño que los ancianos no hubieran tomado en cuenta el punto de vista del pequeño para resolver ese conflicto. Pero ellos eran los líderes, eran quienes tenían más experiencia en esos asuntos.

—¿Qué pasaría si ellos no son como tú piensas y te llevan con ellos por la fuerza? —lo cuestionó.

—No lo harían. Estoy seguro de que se puede llegar a un acuerdo con ellos. Los carontianos ni siquiera están tan interesados en que yo los guíe en algún asunto en particular, sino conocer mi punto de vista sobre diversos asuntos inconexos. Más bien, lo que quieren es sentar un precedente, dejar en claro que no son inferiores a los grexos.

—¿Cómo lo sabes? —La chica estaba, de nuevo, asombrada con sus razonamientos.

Elas hubiera podido explicarle que durante siglos los carontianos habían sido subestimados por los grexos, quienes los consideraban primitivos, por no decir bárbaros, pero no quiso incomodarla, ya que ella oscilaba entre ambos bandos.

—Solo lo sé —afirmó con gran seriedad.

Sí, lo sabía, Marina estaba segura de ello, pero no quiso ahondar más en el

asunto.

—Creo que lo mejor será que descansemos, y mañana veremos qué podemos hacer al respecto —sugirió.

El cansancio y la ansiedad hicieron que conciliara el sueño rápidamente. Ni siquiera sintió cuando Dorian llegó y se acostó a su lado, sin deshacerse de su ropa, su intercomunicador ni su arma, y la abrazó con inmensa ternura.

Capítulo 7

Despertó sobresaltada. Soñó que corría, junto con sus padres, por un campo abierto mientras detrás de ellos algo, no sabía qué, los perseguía sin tregua.

Su respiración estaba agitada como si en verdad hubiera estado corriendo; le tomó unos segundos recordar dónde estaba. Consultó la hora en su minúsculo ordenador portátil, ya que no había manera de que pudiera ver al exterior para hacerse una idea de la hora: era tarde, por la mañana. Ella y Elas se habían quedado dormidos. Pensó que la fatiga por estar tanto tiempo bajo tierra y, en su caso particular, las preocupaciones, habían hecho mella en su físico.

Allí abajo solo había silencio. Se sintió extraña, hacía mucho que no experimentaba tanta tranquilidad en el ambiente.

Recordó que aún tenía que hablar con Dorian y, viendo que Elas estaba profundamente dormido, decidió ir a buscarlo.

El silencio que reinaba en el último nivel fue reemplazado por gritos y los ruidos de pasos apresurados que provenían de arriba, justo encima de ella. Corrió para tratar de averiguar qué estaba sucediendo. Subió al siguiente nivel y alcanzó a ver a algunos individuos alejándose por un pasillo; parecían muy agitados y al parecer llevaban sus armas.

«¿Qué ha pasado?» pensó con preocupación. Corrió en la misma dirección, pero ya no vio a nadie. Pensó que lo mejor sería ir a la sala de controles y se dirigió a uno de los elevadores, pero alcanzó a ver que el acceso estaba bloqueado por dos carontianos.

Antes de que la vieran volvió la esquina del pasillo y con el corazón a punto de salirse se llevó las manos a la boca para no gritar. ¡Los carontianos finalmente habían decidido invadirlos! ¿Dónde estaba Dorian? ¿Dónde estaban los ancianos? Aquello no podía estar pasando.

Accionó su comunicador para llamar a Dorian, pero no le respondió. Tal vez lo habían capturado. Pensó en el consejo: si los carontianos llegaban a los

ancianos, estarían indefensos, pues ellos no llevaban armas.

Recordó que había un elevador de carga muy cerca de donde se encontraba y fue hacia allá, con la esperanza de que no hubiera ningún enemigo a la vista. Sintió un gran alivio cuando vio que el camino estaba libre, pero cuando iba a abordarlo se detuvo, pues se dio cuenta de que no debía dejar solo a Elas. Se dio la media vuelta para volver al cubículo que ocupaba con el chico, cuando la puerta del elevador se abrió. No tuvo tiempo de ocultarse, pero no hizo falta, porque quienes venían a bordo eran Dorian, Yiro y otros dos ancianos.

Sin pensarlo, se abalanzó a los brazos de Dorian.

—¡Estás bien! Pensé que te habían capturado.

Él la separó para asegurarse de que ella también se encontraba bien, y cuando lo confirmó le preguntó, ansioso:

—¿Dónde está Elas?

—En el cubículo. Estaba dormido cuando salí, iba a volver con él cuando te encontré.

Yiro los interrumpió.

—Vamos con él inmediatamente. Debemos tratar de sacarlo sin que los carontianos lo vean.

Se dirigieron a toda prisa a donde estaba el pequeño. La chica les advirtió que había dos invasores en el elevador, por lo que tuvieron que cruzar con toda precaución.

—¿Dónde está Mithas? —cuestionó la muchacha.

—Se quedó en la sala de control para tratar de negociar con los carontianos o, al menos, ganar tiempo —explicó Yiro.

—¿Estará bien? —Marina estaba realmente preocupada por su mentor.

—Mithas sabe cuidarse solo —replicó el anciano de forma enigmática.

Elas ya había dejado la cama cuando llegaron con él. El chico les sonrió y los saludó con su habitual tranquilidad, a pesar de saber de inmediato por qué estaban ahí.

Yiro se adelantó a él.

—Vamos, tenemos que sacarte de aquí.

—Pero ¿cómo lo haremos? Estamos en el nivel más profundo —inquirió Marina.

—Sígueme —indicó el anciano.

Salieron al pasillo y Yiro los guio en sentido contrario al elevador. Marina nunca había estado antes ahí, por lo cual no tenía la menor idea de hacia dónde

se dirigían. Temía por Elas. Los carontianos ya habían encontrado los subterráneos, y no se explicaba cómo no habían encontrado al chico.

—Hay una salida hacia las pistas de despegue, pero tendremos que subir por un conducto de ventilación —explicó el anciano.

Yiro y los otros dos miembros del consejo avanzaban a toda prisa junto con Elas; Dorian y Marina se quedaron detrás de ellos.

—¿Cómo está todo arriba? —cuestionó la chica, casi temerosa de la respuesta.

Dorian la miró y le dirigió una sonrisa que pretendía tranquilizarla.

—No tan mal como parece. Los carontianos no han atacado, pero tomaron la sala de control. Jeb nunca dio aviso sobre la invasión —detalló con una mueca de disgusto que no pasó inadvertida a la mujer.

—Entonces sí es un traidor —afirmó ella, casi sin aliento.

—Así es —reafirmó él.

—Pero ¿cómo? No lo entiendo. ¿Por qué un grexo traicionaría a su gente?

—No lo sé. Estoy tan desconcertado como tú. Todos estamos perplejos.

Llegaron al final de pasillo. Era un callejón sin salida. Marina suspiró, desesperada, pero Yiro se volvió hacia la pared metálica de la izquierda, buscó un punto preciso, lo presionó, y una puerta se abrió ante ellos.

—Vamos —los urgió.

—No sabía que existieran todos estos pasadizos. ¿Para qué los hicieron? —preguntó la chica al anciano.

—Para una situación como esta —intervino otro de los consejeros—. Los grexos siempre hemos sido muy precavidos, no es la primera guerra que libramos.

—Nunca se sabe cuándo puede necesitarse una ruta de escape —abundó Dorian.

Elas había permanecido en silencio durante todo el trayecto, pero decidió que era momento de intervenir.

—Me parece que esta es la oportunidad para resolver de una vez por todas este conflicto. Estoy seguro de que, si me permiten hablar con los carontianos, podemos llegar a un arreglo.

—Los carontianos no han dado señales de querer negociar, Elas. No creo que sea una buena idea que tengas contacto con ellos, al menos, no en estas circunstancias.

El pasadizo que recorrían terminaba casi de la misma forma que el

anterior, pero al fondo de este se hallaba la compuerta de un conducto de ventilación. Dorian retiró la rejilla y ayudó a subir, uno por uno, a sus acompañantes. Marina lo ayudó a subir y continuaron su camino a gatas, ya que, por fortuna, el ducto no era demasiado estrecho.

A cierta distancia se veía una luz. La mujer supo que era la salida y su corazón empezó a latir con más fuerza. Por fin vería la luz del día, después de tanto tiempo encerrada bajo tierra; aquel exilio le había parecido una eternidad.

Con gran precaución salió Yiro el primero, luego de cerciorarse que no había nadie cerca; le siguieron sus dos compañeros, luego salió Elas, y al final lo hicieron Marina y Dorian.

La salida del ducto se hallaba justo frente a la entrada de uno de los hangares, por lo que los fugitivos no se dieron cuenta de que no estaban solos hasta que fue demasiado tarde. Mithas apareció ante ellos dando un leve traspié, ya que un carontiano le había dado un empujón. Detrás de ellos se encontraba Trenius, seguido de una considerable comitiva.

El líder de los carontianos de inmediato posó sobre Elas su mirada de cazador.

—Así que aquí tenemos a El Sabio —dijo como para sí, sin quitarle la vista de encima.

Elas le sostuvo la mirada. En su rostro no había temor ni confusión, sino expectativa. Trenius hizo ademán de avanzar hacia el chico, pero la voz de Marina, llena de coraje, lo detuvo.

—No te atrevas a acercarte a él.

Trenius dirigió entonces su terrible mirada hacia ella. Era un ejemplar imponente, alto y robusto, y sus ojos color ámbar centelleaban como el fuego.

—Tú —la señaló con dedo acusador—, te atreves a ordenarme que no me acerque a El Sabio. No creas que no sé quién eres, *Mina* —alargó la última palabra.

El valor en el rostro femenino se esfumó y tomó su lugar una terrible palidez.

De los ductos anexos a dos hangares cercanos habían salido sendos grupos de grexos, bien armados, que al parecer habían escapado a la redada. Se colocaron en posición de ataque, pero no abrieron fuego.

—Eres hija del traidor Norso —continuó, implacable—. Y tú, al igual que él, eres una traidora. ¡Le has vuelto la espalda a tu pueblo para servir a estos

grexos! —concluyó, con voz atronadora.

Marina sintió que desfallecería; horrorizada por las revelaciones que Trenius había hecho sin piedad alguna, apenas alcanzó a volverse hacia Dorian, cuyo rostro lucía una inequívoca expresión de ira. Él también se volvió hacia ella, sus miradas se cruzaron y pensó que moriría al leer en su expresión algo que le pareció muy cercano al desprecio.

«Todo está perdido» se dijo, casi sin fuerzas.

—Marina... —dijo Elas en voz baja, pretendiendo consolarla, decirle que él entendía por lo que estaba pasando, que él estaba ahí para apoyarla.

Trenius dio otro paso hacia el chico con la intención de tomarlo del brazo, pero Dorian y los ancianos cerraron filas frente a él. Los carontianos rápidamente apuntaron sus armas hacia ellos.

—Será mejor que nos entreguen a El Sabio —advirtió Trenius.

Los defensores empezaron a retroceder para alejar a Elas.

—¡Disparen! —ordenó el líder carontiano.

Dorian apenas alcanzó a derribar a Elas y cubrirlo con su cuerpo; a su lado cayó uno de los ancianos, herido. Yiro y el otro consejero también tuvieron tiempo, milagrosamente, de lanzarse al piso.

Sobre sus cabezas escuchaban el silbido metálico de los rayos letales; los grexos que se habían situado frente a los hangares empezaron a disparar también. Los carontianos, quienes inexplicablemente no se habían percatado de su presencia, tuvieron que replegarse. El aire se llenó con los destellos luminosos y el inconfundible sonido de los láseres. Por todos lados volaban, veloces, los haces de luz mientras el caos se apoderó de la pista de despegue.

Marina, que no portaba un arma, se dirigió hacia Elas para tratar de llevarlo a un lugar seguro. Dorian se encontraba frente a él, tratando de cubrirlo mientras disparaba a diestra y siniestra contra los enemigos.

Elas se puso en pie, tomó la mano de Marina y emprendió la huida. Habían avanzado unos cuantos metros cuando, de pronto, el chico sufrió una fuerte sacudida, lanzó un quejido de dolor y cayó al suelo.

Marina lo vio desplomarse como si el tiempo transcurriera muy lentamente. Escuchó su propio grito a lo lejos, como un eco, y como en un sueño lo vio tendido en el suelo, casi inmóvil, con la mirada cristalina vuelta al cielo. Se arrodilló ante él y, palpando su pequeño cuerpo, descubrió que tenía una herida en el abdomen. El disparo lo había atravesado de lado a lado y ella vio con horror cómo el suelo se teñía de marrón con el fluido vital que

escapaba de forma alarmanamente rápida.

Tal vez si el niño hubiera gritado, si hubiera prolongado sus quejidos, ella se habría sentido tranquilizada. Pero los ojos oscuros de Elas habían quedado fijos en el firmamento, y ella podía ver reflejado en ellos el azul intenso de aquella mañana radiante.

No supo cómo colocó a Elas sobre sus piernas.

—¡Elas, Elas! Estarás bien. ¡Por favor, no me dejes!

Volvió la mirada buscando a Yiro, pero no pudo verlo. Dorian, que la había escuchado gritar, corría hacia ella, en medio de los rayos que llenaban el aire. Todo era un caos, ya había muchos heridos sobre el piso y había humo por todas partes.

—¡Elas está herido! —gritó a Dorian cuando lo tuvo cerca.

El capitán miró al niño con preocupación, pero no se detuvo a lamentarse, rápidamente se agachó y lo tomó entre sus brazos.

—Debemos llevarlo a que reciba atención médica —Y corrió hacia el primer acceso que vio al edificio principal.

Habían habilitado una unidad médica casi completa en el refugio subterráneo, y hacia allá llevó a Elas. Dorian entregó a Marina su arma para que los cubriera durante el trayecto. Creyó que moriría de vergüenza cuando sus miradas se cruzaron fugazmente.

¿Por qué no habló antes con él? ¿Por qué no había encontrado el momento para explicarle quién era ella? Había rehusado durante tanto tiempo el confesarle su origen por temor a su rechazo, y ahora él se había enterado de la peor manera posible. Aun así, le había entregado su arma. ¿Acaso aún confiaba en ella?

A pesar de que siempre se negó a llevar armas era una buena tiradora, y en su camino al edificio central logró herir a varios carontianos que los perseguían de cerca al darse cuenta de que tenían al niño.

Aseguró la puerta y se dirigieron al subterráneo. Elas tenía los ojos abiertos, pero parecía estar en trance. La unidad médica estaba vacía debido a la invasión.

Tanto Dorian como Marina habían recibido entrenamiento médico intermedio, por lo que no tuvieron problemas para colocar al muchacho en una cápsula médica. Mientras el capitán acomodaba el pequeño cuerpo en la superficie acolchonada, ella, con manos temblorosas, empezó a manipular el menú de la pantalla táctil.

Estaba agitada y gruesas gotas de sudor corrían por su rostro; se pasó el dorso de la mano por la frente para secarla.

—¡Rayos! —exclamó, frustrada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dorian, quien se colocó detrás de ella para leer la pantalla.

—¡No encuentro la opción adecuada! —gritó.

—Déjame intentarlo —dijo él, haciéndola a un lado con un suave empujón.

Aquel contacto fue como fuego para la chica. A pesar de las circunstancias Dorian no perdía ni la compostura ni la dulzura. Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿Cómo iba a explicarle que no había tenido valor de confesarle que era una carontiana, que no había confiado lo suficiente en él?

Mientras Dorian, muy concentrado, buscaba la opción correcta para la atención de Elas, ella se dirigió a él; posó una de sus manos en el cristal que cubría la cápsula y miró al niño a los ojos.

—Vas a estar bien, Elas. Te prometo que haremos todo lo posible para que te recuperes.

Su voz nunca había sonado tan dulce. Dorian no pudo evitar mirarla y sonreír, pero ella no se dio cuenta.

—Lo tengo —dijo él en voz baja, al tiempo que oprimía la pantalla.

Una serie de instrumentos empezaron a salir de los costados internos de la cápsula y se dispusieron a realizar la curación de Elas. Le retiraron la ropa alrededor de la herida, la limpiaron, luego aplicaron un calmante, revisaron el interior para constatar el daño a los órganos y, por último, un preciso rayo suturó la herida.

Todo ocurrió con gran rapidez.

No muy lejos escuchaban pasos apresurados sobre el piso metálico. La puerta de la unidad médica crujió y en un instante un grupo de carontianos, liderados por Trenius, ya estaba frente a ellos. Detrás de ellos llegó un grupo de grexos.

Todos se pararon en seco cuando se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Trenius se acercó a la cápsula; algunos grexos quisieron impedirselo y blandieron sus armas contra él, pero Dorian les hizo una señal para que no dispararan.

El carontiano se volvió hacia Dorian.

—¿Cómo está el chico?

El capitán miró brevemente la pantalla de la cápsula.

—Vivirá. Pero, por ahora, necesita descansar. Tuvo una herida bastante seria.

Trenius y él se sostuvieron la mirada durante un instante. Trenius pudo leer en los ojos de Dorian determinación, valentía e integridad. Dorian vio en los de su enemigo una advertencia de que no admitiría ser engañado, pero también atisbó algo parecido al respeto.

—Salgamos de aquí —ordenó Trenius—. El Sabio necesita descansar. Ustedes —señaló a Dorian y a un carontiano— se quedarán con él.

El capitán sabía que los ancianos seguramente estarían indignados por el atrevimiento de Trenius de dar órdenes en Grexas, él mismo se sintió así por un instante, pero pensó que, por una vez, lo mejor era ceder.

Los demás empezaron a abandonar el lugar lentamente. Marina miró a Elas, que parecía dormir tranquilamente. No quería dejarlo, pero pensó que no sería prudente provocar al líder enemigo.

Capítulo 8

—El niño pudo haber muerto por su intransigencia —acusó Trenius cuando estuvieron en las pistas de despegue, provocando la estupefacción e indignación de los grexos.

—¿Nuestra intransigencia? —intervino Hong—. Son ustedes quienes se niegan a negociar. No admiten puntos medios, todo tiene que ser extremo.

—¡Nosotros solo queríamos tener acceso al muchacho para que pudiera compartírnos su sabiduría! —exclamó Trenius.

—Ustedes exigieron que les entregáramos al niño. Por la fuerza —replicó Pek, otro de los ancianos.

—¡Basta! —gritó Mithas, imponiendo el silencio.

Todos le miraron a un tiempo. Marina nunca le había visto tal expresión de enfado.

—Todos hemos sido intransigentes, egoístas y soberbios. Ustedes —se dirigió a Trenius—, por exigir, y nosotros por negar. Ni siquiera hemos tenido la delicadeza de preguntarle a Elas lo que desea, o lo que opina.

Marina recordó las veces en que el chico le había dicho que le gustaría poder hablar con los carontianos y en las que había asegurado que no eran tan malos como los grexos y la misma muchacha pensaban. Se sonrojó. Mithas tenía razón, y Elas, al parecer, mucha más.

—Ahora tendremos suerte si se recupera —replicó Trenius con su voz de trueno.

—Se recuperará —aseguró Marina, y guardó silencio con prontitud.

Trenius la miró con severidad. Siempre había sabido de Marina, la historia de su familia y cómo habían tenido que huir. Hasta esos momentos no había tenido contacto con ella y desconocía qué curso había seguido su vida, pero aun cuando la consideraba una traidora para con su pueblo, la respetaba por haberse avenido tan bien a las formas de los grexos, y por haber luchado por Elas como la había visto hacerlo. Era valiente, tenía que admitirlo.

—Debemos esperar a que Elas se recobre y se encuentre en condiciones

de recibírnos —retomó Mithas—. Entonces podremos consultarlo. Si él está de acuerdo, podrán hablar con él, libremente y a solas, bajo nuestra tutela —aclaró.

El ceño fruncido del líder de los carontianos indicaba que aquel objetaría esa idea, por lo que la chica se apresuró a cerrarle el paso:

—Elas los recibirá, estoy segura. Quiere hacerlo —afirmó.

Por primera vez, el gesto de Trenius se suavizó, aun contra su voluntad. Los ancianos y los demás grexos reunidos ahí la miraron con extrañeza. Los consejeros sintieron que estaba extralimitándose.

—Esperaremos, entonces, a que el chico se recupere —indicó Trenius—. Nosotros volveremos a Caronte, y ustedes nos avisarán tan pronto esté en condiciones de vernos —hizo una señal a sus hombres para que emprendieran la retirada—. No quieran pasarse de listos, grexos; no lo toleraremos —advirtió, y se retiraron.

Los grexos miraron aquella comitiva imponente que pronto se perdería en la lejanía. Mithas ni siquiera parpadeaba. «Todos los días se aprende algo» pensaba. Su seriedad contrastaba con el alivio que mostraba la mayoría.

El anciano pensaba que era muy irónico que hubieran estado tanto tiempo en un estira y afloja, disputándose el derecho de tener al muchacho, y todo se había resuelto de una manera relativamente simple, como habría tenido que ser desde el principio: hablando, negociando.

Se replanteó el carácter y la sabiduría de su pueblo, y llegó a la conclusión de que, al menos en ese asunto, habían sido, efectivamente, intransigentes, por decir lo menos.

Marina también los miraba marchar, pensativa. ¡Cuánta razón había tenido Elas! Las cosas podrían resolverse más fácilmente con un poco de diálogo. Y los carontianos no eran tan duros de cabeza como ella pensaba, como los grexos pensaban. ¿Acaso no había dado ella misma muestras de tener una capacidad de raciocinio bastante desarrollada? La reacción de Trenius la había sorprendido, pues al principio creyó que se negaría en redondo a aceptar la propuesta de Mithas. Ahora entendía que no solo eran arrojados y valientes, sino que tenían un alto sentido del honor. Y también eran muy leales, aunque esa cualidad, consideró, la habían llevado al extremo en el caso de sus padres al juzgarlos traidores por su amistad con los grexos.

El carontiano que se había quedado con Dorian cuidando de Elas salió y se dirigió hacia sus compañeros, a quienes dio alcance después de una corta

carrera. Poco después, a lo lejos, los deslizadores de los carontianos invadieron el cielo, y unos segundos después desaparecieron en el horizonte.

Robin, el segundo al mando después de Dorian, dio una palmada para llamar la atención.

—Escuchen, debemos limpiar este desastre. Formaremos brigadas de diez elementos y cada una se encargará de un sector. Daremos prioridad al centro de comunicaciones y a la unidad médica. Necesitamos suministros. Nita, — señaló a una mujer más o menos de la edad de Marina— Gerson y tú irán a Faris por medicamentos y refacciones para las cápsulas médicas.

Continuó dando algunas órdenes y luego todos empezaron a dispersarse para empezar de inmediato con las labores que se les habían encomendado.

Mithas miró a Marina.

—Creo que deberías ir a ver cómo se encuentra Elas —le dijo. Su voz denotaba un profundo cansancio.

Ella hubiera querido negarse, pero no se atrevió. Sabía que Dorian estaba ahí.

Se armó de valor para entrar a la unidad médica, aspiró profundamente y se acercó a la puerta, que se abrió automáticamente.

Dorian estaba parado frente a la cápsula médica, observando a Elas con atención. Marina se acercó sin hacer ruido y él se percató de su presencia cuando ella se encontraba ya muy cerca.

Estaba muy nerviosa, y aunque muchas cosas venían a su mente, no supo qué decir. Se acercó a la cápsula, posó una mano sobre el cristal y se quedó mirando al chaval con inmensa ternura.

Dorian la miró por un instante; le encantaba esa faceta de ella. Podía ser temeraria y hasta ruda, pero también era sensible y delicada, y había mostrado una dedicación para con Elas que bien podía tomarse como instinto maternal.

Ella fingió no darse cuenta de que él la observaba, y mantuvo la vista fija en el pequeño, que parecía dormir profundamente.

Dorian volvió la mirada al muchacho.

—No tienes que temer por él, se recuperará, ya lo verás.

Ella sonrió tristemente. Por alguna razón, se sentía un tanto culpable por lo que había ocurrido.

«Tal vez debí exponer al consejo lo que Elas opina sobre hablar con los carontianos» pensó.

—Eso espero —respondió sin quitar la vista de encima a Elas—. No

podría perdonarme si algo malo le pasara.

—¿Por qué? —cuestionó él, desconcertado, volviéndose hacia ella.

Ella quiso responder, pero no supo por dónde empezar.

—No es tu culpa que haya resultado herido, nada de esto es tu culpa —afirmó él.

—Elas está a mi cargo —replicó ella, compungida—. Debí cuidarlo mejor.

—Has sido casi una madre para Elas; es más, has sido como una madre, una hermana y una amiga al mismo tiempo. Elas no podría haber quedado en mejores manos. Lo has cuidado muy bien —afirmó Dorian con vehemencia.

Marina lo miró a los ojos por primera vez desde que había entrado a la unidad médica ¿Por qué Dorian le hablaba de esa manera, por qué trataba de consolarla después de enterarse de que ella era carontiana? Quería hacerle esas preguntas, pero no se atrevía. En ese momento supo que no era tan valiente como muchos creían. Se sabía capaz de enfrentar con resolución a un escuadrón de carontianos bien armados, pero no podía dar la cara al hombre que amaba.

Se limitó a volver a mirar a Elas.

El intercomunicador de Dorian vibró en ese momento.

—Capitán, hemos capturado a Jeb. Estamos en el hangar 13 —le informó uno de sus hombres.

—Voy para allá —anunció con gran seriedad.

—¿Qué pasa? —preguntó Marina, alarmada.

—Atraparon a Jeb —le informó.

A pesar de su seriedad, Marina supo que estaba más que indignado, estaba furioso. No quiso estar en el lugar de Jeb, y ese pensamiento resultó perturbador, porque se dio cuenta de que sus situaciones no eran muy diferentes.

Capítulo 9

—¿Por qué, Jeb? ¿Por qué traicionaste a tu pueblo? —preguntó Mithas.

A pesar de lo grave de los cuestionamientos, su voz fue suave, parecía como si sufriera al pronunciar las palabras.

Jeb recorrió con la mirada el recinto; se hallaban presentes todos los miembros del consejo, así como Dorian y sus principales oficiales. El acusado no parecía avergonzado, sino molesto. Sin embargo, guardó silencio.

—¿Por qué ayudaste a los carontianos? —preguntó Hong, al ver que el joven insistía en su mutismo.

Jeb lo miró a los ojos.

—Los padres de mi madre eran carontianos —empezó a explicar con una voz en la que se adivinaba claramente el rencor—. No sé por qué razón dejaron Caronte y se establecieron aquí. Fueron ciudadanos trabajadores, responsables, apegados a las normas de los grexos. Aun así, nunca fueron del todo aceptados. A mi madre se le negó el acceso a la academia de pilotos estelares solo por ser hija de carontianos. ¡Yo mismo tuve que mentir acerca de mi origen para poder ingresar al control de comunicaciones!

Un silencio absoluto siguió a las últimas palabras del joven. Los consejeros empezaron a mirarse unos a otros. Si bien las acciones del muchacho eran reprobables, había algo de razón en las mismas. Había cometido un delito, uno muy grave, pero los ancianos llegaron a la conclusión de que ellos mismos, todos los grexos, habían incurrido en algo igualmente vil.

Con discreción, el consejo accedió a los archivos para conocer la información del muchacho. Se encontraron dos archivos con la ficha personal del joven: en uno constaba que su madre era hija de carontianos, y en la otra, posterior a la primera, se había omitido ese dato.

—Tenemos que reconocer que él no es el único culpable —admitió Yiro durante las deliberaciones del consejo.

No pretendía que se le exonerara, no era su intención que esa frase fuera

considerada como su veredicto personal, pero no podía solapar el hecho de que las acciones del joven eran, hasta cierto punto, comprensibles, si no justificables.

—Poco antes de que Jeb ingresara al control de comunicaciones —empezó a explicar Dorian—, el entonces jefe, Cal, nos informó sobre un joven que había solicitado el ingreso, pero estaba considerando rechazarlo, debido a sus raíces carontianas. Debe haber sido él —puntualizó.

—Imaginen —dijo Mithas en voz muy baja, como hablando para sí mismo — cómo debió sentirse al ver truncadas sus aspiraciones, por algo tan fuera de su control como sus antecedentes de familia.

—Debe haber sido terrible —intervino Hong—, pero eso no justifica lo que hizo. Es traición.

—Nosotros también lo traicionamos —replicó Yiro—. Traicionamos su confianza, su fe en nuestra ecuanimidad y en nuestra justicia. Lo que hizo está mal, pero estoy casi seguro de que cualquiera en su lugar habría hecho lo mismo, o al menos lo habría considerado.

—Entonces, ¿no será castigado? —preguntó Hong.

—Ya lo veremos —concluyó Mithas.

Elas estaba reaccionando muy favorablemente, se hallaba consciente y ya lo habían trasladado de la cápsula médica a la sala de recuperación.

Marina estaba sentada a su lado en la cama y le decía cosas al parecer muy divertidas, porque el chico reía alegremente, tratando de ignorar el dolor que los espasmos provocaban en la herida.

—¡No me pidas que te haga reír más! —exclamó Marina, alarmada al ver que se quejaba.

—La risa es la mejor medicina —se justificó Elas.

Volvió su mirada por sobre el hombro de Marina y ella lo siguió: Dorian se acercaba a ellos.

—Veo que te sientes mucho mejor —dedicó al chico su mejor sonrisa.

—Así es —afirmó, devolviéndole la sonrisa.

—Me alegro mucho.

Miró a la mujer, que mantenía la vista fija en el niño. No podía, no quería mirarlo.

—Tienes que descansar, Elas, aún estás recuperándote. Vamos, Marina, dejémoslo reposar.

De mala gana ella se puso de pie. No solo estaba renuente a dejar al chico, no quería irse de ahí con Dorian.

—¿Ya juzgaron a Jeb? —preguntó cuando salieron de la unidad médica, sobre todo por romper el silencio que habían mantenido en el trayecto—. ¿Qué castigo le impusieron?

Dorian detuvo la marcha para responderle.

—El consejo aún no lo decide, pero, al parecer, lo asignarán a una unidad táctica de defensa, a mi cargo, y posiblemente tendrá que hacer trabajo comunitario en la academia, como instructor de comunicaciones.

Marina lo miró, extrañada.

—Eso no suena como un castigo exactamente.

—Bueno, el consejo llegó a la conclusión de que Jeb no fue el único culpable de su conducta.

Ante el desconcierto femenino, se aprestó a explicarle lo que había ocurrido en la audiencia, la discriminación de que Jeb había sido objeto y lo que tuvo que hacer para ingresar a comunicaciones.

—Entonces, ¿el consejo admite que Jeb tuvo cierta razón al actuar como lo hizo? —inquirió, incrédula.

—No es justificación, pero piensan que cualquiera en su lugar podría haber hecho lo mismo. Se vio forzado por las circunstancias y, al estar en comunicaciones, vio una oportunidad de vengarse por lo que él considera una injusticia, lo cual, debo reconocer, no está lejos de la realidad.

Ella por un momento había olvidado el asunto que había pendiente entre ambos, pero al pensar con detenimiento en lo que Jeb había hecho, y sus motivos, no pudo evitar concederle algo de razón. En muchas ocasiones ella misma temía que todos se enteraran de que era carontiana y la rechazaran por ello. Pero ella no había traicionado la confianza de los grexos... bueno, solo la de uno.

Por lo que podía deducir, Dorian concedía algo de razón a Jeb. Se preguntó si en su caso particular podría llegar a ser tan indulgente. Sabía que, después de Mithas, Dorian era el grexo más ecuánime que conocía; sin embargo, su ofensa había sido estrictamente personal, y no general como la de Jeb, y estaba segura de que eso aumentaba la gravedad de esta, al menos a los ojos del afectado.

De pronto se dio cuenta de que llevaba varios segundos con la mirada fija en el rostro de Dorian, quien la miraba divertido. ¿Qué le causaba gracia? A

ella se le erizó el vello de todo el cuerpo.

—Tengo que volver al centro de formación —empezó a decir atropelladamente—. Aún estamos reconstruyéndolo —Y se alejó apresuradamente.

A él le hubiera encantado detenerla y arreglar de una vez por todas la situación entre los dos, pero ella, como siempre, eligió la vía del escape.

«Alguna vez te será imposible huir. Tendrás que hablar conmigo por fin» se dijo a sí mismo, mientras la veía alejarse.

Capítulo 10

Por fortuna, gran parte de las labores de limpieza y reconstrucción habían recaído sobre androides y máquinas, por lo que Marina pronto se vio libre de sus encomiendas en el centro de formación.

Tenía que hablar con Mithas. Suponía que había tenido contacto con Trenius y quería saber si habían alcanzado un acuerdo.

Encontró al anciano en la sala del consejo, solo, sentado en el lugar que ocupaba usualmente; parecía dormitar, pues tenía los ojos cerrados. Ella pensó que lo mejor sería dejarlo descansar; después de todo, las emociones de las últimas jornadas habían sido agotadoras. Se dio la vuelta dispuesta a salir, pero la voz de Mithas la detuvo.

—Marina.

—Pensé que dormías.

—Solo estaba descansando un momento. Dime, ¿en qué puedo ayudarte?

La chica se acercó y tomó asiento junto él.

—¿Has hablado con Trenius?

Mithas sonrió; sabía que Marina tenía intereses muy particulares en toda esa cuestión.

—Sí —asintió el viejo—, hemos hablado con él. Ha estado muy al pendiente de los progresos en la salud de Elas.

Ella preguntó si el líder de los carontianos había exigido ver al niño.

—No exactamente. Ha dicho que se mantienen en su postura, quieren hablar con él, pero esperarán a que esté totalmente recuperado.

Marina guardó silencio y empezó a jugar con sus manos. No parecía nerviosa, sino pensativa, y Mithas, que la conocía muy bien, sabía que quería decirle algo. Posó una de sus manos sobre las de la chica. Ella se volvió a mirarlo.

—Dime —la instó.

—Elas me dijo varias veces que le gustaría hablar con los carontianos —parecía angustiada—. Insistió en ello, dijo que no son tan malos como creemos

y que solamente quieren aprender a ser mejores. Yo creía que tal vez él era víctima de su ingenuidad infantil. No quise arriesgarlo, por eso no se los dije.

Mithas miró la mano que tenía sobre las de la muchacha. Por un momento su expresión pareció de tristeza.

—No debes sentirte culpable, Marina. Elas también manifestó ese deseo ante nosotros, pero lo desestimamos, no quisimos seguir su consejo porque pensábamos lo mismo que tú, que sería arriesgado para él —Se puso en pie, y luego de emitir un suspiro que hubiera querido ahogar, añadió—: El chico tenía razón, y no lo escuchamos; es El Sabio y pretendimos ser más sabios y prudentes que él.

Ella lo siguió.

—¿Ahora dejarán a los carontianos hablar con él?

—Trenius y una pequeña comitiva podrán hablar con él tan pronto Elas se encuentre en óptimas condiciones. Ambos están al tanto de ello.

Se sentía extraña al estar nuevamente en el pequeño apartamento que ocupaba en un complejo a orillas de la ciudad. Por un momento se sintió perdida, como si no supiera qué hacer. Extrañaba a Elas, estaba muy acostumbrada a su compañía, a su risa fresca, a sus comentarios tan acertados. El chico tenía una respuesta para todo. Y extrañaba a Dorian.

Pensó en Jeb. Ahora todos sabían de sus orígenes carontianos y no le había ido tan mal. Tal vez entonces ella también pudiera liberarse de esa pesada y absurda carga que portaba desde que tenía memoria.

Hablaría con Dorian, lo haría en ese preciso momento, no esperaría más. Si él la odiaba, tenía que saberlo ya, porque la incertidumbre se estaba tornando insoportable.

—Ya no tengo nada que perder —se dijo en voz alta.

Salió precipitadamente y en su *deslizador* se dirigió a la zona de la ciudad donde estaba ubicada la morada de Dorian. Llamó varias veces, pero nadie respondió. Marcó a su intercomunicador, pero tampoco obtuvo respuesta.

«¿Dónde estás, Dorian, dónde estás?»

Recordó que a veces le gustaba quedarse en un mirador exterior de la torre de controles y fue hacia allá.

Lo encontró apoyado en el barandal transparente, mirando al infinito. Era tarde, Grexas estaba sumida en el silencio del sueño.

—Hola —lo saludó, apoyándose junto a él.

—Hola —sonrió—. Hace una noche maravillosa, ¿verdad?

Ella asintió en silencio. Después de lo que para ella había sido una eternidad en el refugio subterráneo, poder ver el cielo y sentir el aire fresco en su rostro era un elíxir de placer. Admiró las estrellas durante un rato, en silencio, mientras trataba de encontrar la mejor forma de exponer lo que tenía que decir. De pronto, al darse cuenta de que nunca encontraría una forma totalmente apropiada, empezó a hablar en tono bajo y dolorido:

—Quise decírtelo antes, te lo aseguro. Al principio no me atrevía, por temor a que me rechazaras, y cuando por fin reuní el valor, toda la situación se salió de control: sospechabas de Jeb, los carontianos atacaron y entonces ya no pude decírtelo.

Dorian la miraba divertido, tenía una vaga idea de qué le estaba hablando, pero parecía confundido.

—Oye, tranquila. ¿De qué hablas? ¿Qué es lo que querías decirme?

La expresión de ella era de angustia.

—Que soy una carontiana —dijo con vehemencia, pues para ella era totalmente obvio—. Daría lo que fuera por que no te hubieras enterado de la forma en que lo hiciste. Ahora ya lo sabes —Se encogió de hombros, mirándolo con tristeza.

Él se volvió hacia ella, la tomó por los brazos y la colocó frente a él. Había tanta angustia en el rostro de la mujer, que se sintió profundamente conmovido.

—Sé que eres carontiana —empezó a decir—. Siempre lo supe.

—¿Cómo? —Retrocedió, confundida.

—Siempre he sabido que eres carontiana.

—¿Siempre lo has sabido? —En su voz vacilante se adivinaba algo de frustración y un poco de ira, quizá.

Él conocía su temperamento y no estaba dispuesto a que aquello derivara en un malentendido más.

—Por supuesto que sí. ¿En verdad crees que no me había dado cuenta? ¿Piensas que no he notado los rasgos de tu carácter que son tan propios de los carontianos, tu arrojo, tu explosividad, tu necesidad de estar siempre haciendo algo, lo que sea?

Ella no atinaba a decir nada.

—También algunos de tus rasgos físicos te delatan, aunque no son tan obvios —aclaró.

En ese momento él también parecía molesto, aunque ella no alcanzaba a comprender el motivo. Guardó silencio por unos segundos, tratando de asimilar todo aquello. Él lo había sabido todo el tiempo.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? ¿Por qué jamás me preguntaste nada? — Sus palabras estaban cargadas de reproche.

Dorian retrocedió un poco para mirarla mejor.

—Creí que era algo obvio, no pensé que hubiera necesidad de aclararlo, creí que tú lo sabías, hasta que... ¿Recuerdas la noche en que discutimos porque te pedí que viviéramos juntos y tú dijiste que yo podría llegar a odiarte? En ese momento lo entendí todo. Comprendí que tenías miedo, pensabas que yo no sabía que eras carontiana y supusiste que podría rechazarte por eso.

Marina palideció al recordar aquello.

—Marks nos interrumpió entonces, y yo te dije que aquella conversación no había terminado. No pudimos retomarla, pero yo quería decirte que ya lo sabía, que conozco tu origen y no me importa. Quería decirte que eso no es lo que te define, que yo sé *quién eres* en realidad, y eso es lo que importa.

Los ojos de Marina se humedecieron. Podrían haberse evitado todo ese sufrimiento si hubieran aclarado a tiempo el malentendido. Sus miedos no habían tenido ningún fundamento y había estado a punto de perder a Dorian por su cobardía. A pesar de todo, a él no le importaba que fuera carontiana, nunca le había importado. Sabía quién era y así la amaba.

Dorian se acercó, tomó su rostro entre las manos y la besó. Dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de la chica pero, irónicamente, quería reír, quería dejar escapar el alivio y la alegría en una intensa carcajada, pero los labios de Dorian se lo impidieron. Apartó el deseo de reír y se concentró en ese contacto desesperado y sereno al mismo tiempo. Era el mejor beso que le había dado nunca, libre, por fin, de temores y remordimientos.

Permanecían abrazados después de intercambiar una larga sucesión de besos, al principio desesperados y luego dulces y lentos. Ella apoyaba su cabeza en el pecho de él y se sentía hipnotizada por el ritmo acompasado de su respiración. De pronto se apartó y buscó sus ojos.

—¿Por qué me miraste así?

Ella solía tomarlo por sorpresa con frecuencia, pero esa vez no tenía la menor idea de qué le hablaba.

—Cuando Trenius reveló ante todos que soy carontiana y me llamó traidora. Si ya lo sabías, ¿por qué me miraste de esa forma?

—¿De qué forma? No te comprendo.

—Como si me odiaras, como si estuvieras furioso —detalló ella con voz ronca.

—Sí estaba furioso —aclaró el capitán—, pero no contigo. Me indignó que Trenius te hablara de ese modo, que te llamara traidora solo por los prejuicios estúpidos de su raza, cuando yo sé que eres leal y entregada como el que más. Me enfureció el pensar cómo te sentirías en ese momento. Te vi a punto de desfallecer y me entraron unos deseos terribles de golpearlo en el rostro y derribarlo, obligarlo a pedirte perdón.

Ahí estaban otra vez, las lágrimas traicioneras. Aquello era lo más hermoso que Dorian hubiera podido decirle.

—En ese momento sentí que moriría. Supuse que te sentirías traicionado.

—¿Quieres dejar de decir esa palabra? —Clavó en ella su mirada clara.

Ella sonrió y volvió a cobijarse sobre el pecho de ese maravilloso hombre que la amaba.

Capítulo 11

Elas había dado su primer paseo por los jardines de la unidad médica dos días antes, y se veía totalmente recuperado.

Mithas y los demás consejeros fueron a visitarlo y coincidieron en que lucía muy bien.

Los ancianos le expusieron la situación con los carontianos: su reiterada demanda de hablar con el chico y el acuerdo de que lo hiciera cuando estuviera recuperado de la herida sufrida durante la invasión.

—Estoy dispuesto a recibirlos cuando ellos quieran —anunció el muchacho con gran calma.

Yiro y Cérer le explicaron que los recibiría en la sala del consejo, en privado, al día siguiente; ellos serían testigos del desarrollo de la reunión a través del sistema de cámaras de la sala, pero no escucharían. Ese había sido el acuerdo: Trenius les había asegurado que no preguntarían nada relativo a la guerra o detalles de la vida de los grexos que pudieran utilizar para atacarlos en el futuro.

—La entrevista tratará únicamente de temas relativos a los carontianos —afirmó.

Los consejeros se obligaron a creerle.

—Pueden confiar en ellos —dijo Elas, al percibir cierta renuencia en los consejeros.

Mithas sonrió, pero no dijo nada. Posó una mano en uno de los hombros del muchacho y, tras dedicarle una discreta sonrisa, se dirigió a la salida. Los demás consejeros los siguieron.

Alguien se posó a sus espaldas y le cubrió los ojos con las manos, inmediatamente supo que se trataba de Marina.

La chica rio alegre cuando él la reconoció.

—Veo que te sientes mejor.

—Así es. Los médicos me han tratado muy bien. Dorian vino a verme esta mañana —anunció, sin más.

Marina bajó la mirada.

—¿De verdad?

Algo en su expresión causó mucha gracia al chico, que buscaba que ella lo mirara a la cara.

— El capitán y tú por fin solucionaron sus problemas —afirmó—. Me alegro por ustedes, estaban complicando sus vidas sin razón alguna.

La expresión juguetona de la chica se transformó en seriedad.

—Dorian te ama mucho, Marina. Jamás te habría rechazado. Siempre supo que tú y yo somos extranjeros, carontianos, para ser exactos, y nunca nos trató de manera diferente a pesar de ello.

—¿Tú sabías que Dorian ya estaba enterado de que soy carontiana? —preguntó, sin poder ocultar un deje de molestia.

—Me parecía algo muy obvio —respondió el niño con inocencia.

Ella se llevó una mano a la frente, delatando su desazón.

—Debiste decírmelo, nos habríamos ahorrado muchas molestias y sufrimiento. Bueno —dijo con cierta dureza—, ya no tiene caso lamentarse, todo eso está en el pasado.

El chico sonrió al pensar que ella no había atendido sus sugerencias de recibir a los carontianos, y tampoco había prestado oídos a sus consejos sobre decirle la verdad a Dorian, pero, al parecer, ya no lo recordaba, o no quería hacerlo.

Pensó, sin embargo, que las últimas palabras de la joven eran muy sabias, pues en ese instante estaba frente a ellos la promesa de una vida feliz juntos.

La mujer le preguntó por su reunión con los carontianos y él le explicó los detalles del encuentro, previsto para el día siguiente. Ella hizo lo posible por ocultar su nerviosismo, aunque debía admitir que, tras la invasión, sus coterráneos se habían comportado de forma muy civilizada. A pesar de eso, ella no quería verlos. Aún estaba recelosa con Trenius por haber revelado su origen con toda la intención de causarle daño.

Aunque las sesiones de instrucción en el centro de formación todavía no se normalizaban del todo, sabía que tenía que volver, pues había dejado pendiente una clase. Revolvió el cabello de Elas al despedirse y el chico se quedó sonriendo, mirándola cómo desaparecía por un aséptico pasillo de la unidad médica.

Trenius y una comitiva de siete carontianos más, al parecer de altos rangos

tanto militares como civiles, arribaron muy puntuales, al día siguiente, a la cita que tenía con Elas.

Los recibió el consejo junto con los mandos tácticos y, tras un breve diálogo civilizado, aunque tenso, se dirigieron a la sala de los consejeros, donde Elas los estaba esperando desde hacía unos minutos.

—Elas, él es Trenius, el líder de Caronte, y ellos son integrantes del consejo de gobierno de los carontianos —hizo Mithas las presentaciones.

Los visitantes lo saludaron con una inclinación de cabeza y el chico les devolvió el gesto junto con una discreta sonrisa.

—Los dejaremos solos para que conversen —anunció el anciano, y todos los anfitriones se retiraron.

Los carontianos tomaron asiento alrededor de Elas.

—Es un honor conocerte —inició Trenius, y su voz grave sonó mucho más suave que de costumbre.

En una habitación contigua, el consejo, Dorian y los mandos principales observaban en varios monitores el desarrollo de la entrevista, aunque no podían escuchar nada.

Todo parecía estar transcurriendo con gran normalidad: cada uno de los carontianos tuvo oportunidad de cuestionar al pequeño y aquel respondía con amplitud, mientras sus interlocutores se miraban entre sí, como si su réplica fuera lo más obvio que hubieran escuchado pero nunca lo hubieran considerado.

El encuentro se prolongó bastante, pero Elas no se veía fatigado, y los carontianos parecían no cansarse de escucharle.

Aunque a quienes observaban desde la otra estancia los carcomía la curiosidad, solo les quedaba preguntarse qué sería lo que sus visitantes cuestionaban, qué querían saber, cuáles eran sus inquietudes sobre la vida o sobre cualquier otro tema.

Dorian pensó que no podía negar que a raíz de todo eso los carontianos le parecían seres mucho más interesantes; siempre lo habían sido, especialmente por su cercanía con Marina, pero ahora sabía que no solo ella era un individuo digno de conocimiento: sus congéneres resultaban muy enigmáticos.

Mucho tiempo después de iniciada la entrevista, Trenius se puso de pie, saludó a Elas con una reverencia y aquel le dedicó una enorme sonrisa y le extendió la mano, que el líder carontiano tomó con gusto. Sus acompañantes hicieron lo propio y se despidieron de él.

El consejo y el equipo táctico los encontraron en el pasillo. Después de un instante de silencio, por fin habló Trenius:

—Ha sido una reunión sumamente productiva y placentera. Les agradecemos por permitirnos tener este encuentro con El Sabio —A los grexos les dio la impresión de que la última frase le había costado un gran esfuerzo, pero no quisieron sacar deducciones.

—Estamos complacidos —habló Mithas a nombre de todos— de que así haya sido. Y esperamos —añadió, ante la sorpresa general— que este sea el inicio de una relación armoniosa y productiva entre nuestros pueblos.

Se hizo un silencio tenso. Dorian pensó que quizá era demasiado pronto para esperar tales frutos de ese encuentro. Sin embargo, Trenius puso fin a la expectación al responder, mirando a Mithas a los ojos y brindándole su mano:

—Nosotros también lo esperamos.

Los visitantes hicieron una inclinación de cabeza y se marcharon con aire de nobles guerreros.

Los consejeros se dirigieron de inmediato al encuentro con Elas y, aunque sentían una enorme curiosidad por conocer la sustancia de la entrevista, se abstuvieron de preguntarle al respecto, pues sería violar el acuerdo, y se limitaron a cuestionarle si los carontianos habían sido amables, a lo que el chico respondió que su conducta había sido muy civilizada.

Dorian, por su parte, corrió a ver a Marina. Sabía que ella no había querido estar presente para no encarar a Trenius, pero también estaba seguro de que moría de curiosidad por saber cómo había resultado todo.

—Estoy tan orgullosa de Elas —fue lo único que pudo decir cuando Dorian terminó su relación de los hechos.

Ella hablaba con la cabeza gacha, fingiendo ocuparse en arreglar cualquier cosa, pero, por el tono de su voz y porque rehuía mirarlo, el capitán sospechó que estaba conteniendo el llanto.

Se acercó a ella, tomó su rostro con ternura y la obligó a mirarlo.

—¿Qué ocurre?

Inesperadamente, ella empezó a reír, en medio de las lágrimas. Dorian quedó completamente desconcertado, pues no esperaba esa reacción por parte de ella, en quien eran impropios tanto el llanto como la risa histérica.

Solo atinó a quedarse frente a ella, mirándola reír y llorar al mismo tiempo. Eventualmente el ataque histérico empezó a remitir y al final solo quedaron unos pequeños rastros de risa intermitente. Cuando por fin se calmó,

se secó las lágrimas con la mano. Se dio cuenta de que Dorian la miraba desconcertado.

—Lo siento. No he podido evitarlo. Es que —la risa amenazó con atacarla de nuevo—, me parece terriblemente irónico que, después de tanto tiempo de preocuparnos por los ataques de los carontianos, y porque pudieran llevarse a Elas, todo se resolvió de una forma tan sencilla.

—¿Sencilla? ¿Acaso te parece sencillo que hayamos tenido que enfrentar la invasión abierta de los carontianos y que hayan destruido gran parte de Grexas?

Ella se tranquilizó por completo.

—No, claro que no me parece sencillo. Lo que quiero decir es que, siempre temimos que ellos tuvieran contacto directo con Elas porque, no tan en el fondo, nos aterrorizaba que pudieran llevárselo, y solo se necesitaba un acuerdo, permitirles verlo. Era tan simple como eso.

Dorian guardó silencio por un instante, reflexionando en las palabras de Marina.

—Bueno, me parece que todo fue un malentendido provocado por la rudeza natural de unos y los prejuicios no mal fundados de los otros.

Marina lanzó un sonoro suspiro y toda la euforia anterior desapareció cuando habló:

—Elas siempre dijo que no son tan malos como creíamos.

—Elas es El Sabio —replicó Dorian, sonriendo.

Había tanto cariño, tanta comprensión, respeto y consuelo en esa sonrisa, que Marina no pudo evitar conmoverse hasta lo más profundo. Porque en ese momento estuvo segura de que no importaba su origen, ni su temperamento, ni su «rudeza natural», Dorian la amaba y, además, ahora estaba segura de que para los demás grexos esas cosas tampoco eran relevantes, siempre la habían aceptado tal como era. No entendía por qué había tenido tanto miedo a que la rechazaran.

Dorian estaba ansioso por preguntarle si entonces que todo se había resuelto ella consideraría mejor su propuesta de vivir juntos, pero sabía que aún era muy pronto y no debía presionarla. Temía que todavía fuera demasiado para ella, y no quería perderla.

Capítulo 12

—Elas, vamos, ¿por qué tardas tanto? —lo urgió Marina cuando por fin le permitieron salir de la unidad médica.

—Ya voy, Marina —gritó él desde el otro lado del pasillo, pues se hallaba despidiéndose del personal.

Ella movió la cabeza de un lado a otro, resignada. Elas tenía un magnetismo muy especial que atraía a todos. Eso no era nuevo para Marina, pero en medio de la crisis y debido al aislamiento al que se habían visto sometidos, casi lo había olvidado.

Tuvo que esperarlo unos minutos más, hasta que el chico dio las gracias a todos. Llegó hasta ella con una enorme sonrisa, lo cual disipó toda la molestia de la chica. Él tenía ese efecto, no solo en ella.

Salieron de la unidad médica y se dirigieron al *deslizador* de Marina. Elas se desconcertó al ver que tomaba una dirección opuesta a la ubicación del apartamento que ocupaban.

—Nuestra casa está por allá —le señaló.

—Es que no vamos a nuestra casa —respondió ella en tono enigmático—. Quiero decir, no vamos a *esa* nuestra casa, sino a *otra* casa nuestra.

—No entiendo —replicó el muchacho.

Ella guardó silencio y Elas pudo adivinar que estaba sonriendo. De pronto entendió: seguramente se dirigían a la casa de Dorian. A pesar de que desde el inicio del día se había sentido particularmente satisfecho, aquella noticia le colmó de felicidad, pues siempre deseó que Marina y Dorian pudieran resolver sus diferencias.

—Estoy seguro de que estaremos muy cómodos en casa de Dorian —dijo al fin.

—Estaremos muy cómodos en nuestra casa —puntualizó la chica.

Aunque era temprano por la mañana, Dorian se había tomado una pausa en la sala de control para ir a recibir a Elas. Tan pronto se apeó del *deslizador*, el muchacho caminó seguro hacia él, exhibiendo una enorme sonrisa. El

capitán lo estrechó entre sus brazos durante un largo rato.

—Me alegra tanto que estés bien —le dijo con voz ronca.

—Y a mí me alegra que Marina y tú por fin estén juntos.

Dorian lo soltó y le revolvió el cabello cariñosamente, luego dirigió a Marina una significativa mirada y los tres entraron al apartamento.

—Aunque no lo crean, todos han insistido en que tengamos una fiesta para celebrar tu salida de la unidad médica —anunció Dorian a Elas.

—¿Una fiesta? ¿Para mí?

—Así es —afirmó Marina, poniéndose al lado del capitán.

—Estarán presentes todos —explicó Dorian y, tras una pausa expectante, añadió—: incluso Trenius y sus oficiales principales.

El muchacho abrió mucho los ojos.

—Esa es una excelente noticia.

—El consejo consideró que sería un gesto de paz muy significativo el que los invitáramos a una celebración tan especial.

Elas sonrió. Había tenido noticias de que, desde su encuentro con Trenius, las relaciones entre carontianos y grexos no eran tan ásperas como solían ser, y eso ya era motivo de celebración.

Marina no recordaba haber visto la plaza principal decorada de forma tan hermosa: había luces por todas partes, cintas y globos de luz que inundaron el cielo con mágicos destellos.

Desde lejos vio cómo los consejeros recibían a Trenius y sus oficiales. No creía tener ningún asunto pendiente con él, pero pensó que le habría gustado mucho aclararle que su padre no había sido un traidor. Sin embargo, pensó que después de tantos ciclos solares, aquello no tenía caso. Trenius y los carontianos podían pensar lo que quisieran de sus padres y de ella, pues ya tenía una vida hecha en Grexas y, por primera vez en su vida, sentía que estaba donde realmente pertenecía.

A pesar de que no tenía la menor intención de tener contacto alguno con los visitantes, se percató de que Trenius, en un momento dado, volvió la mirada hacia ella; sus ojos se encontraron y se mantuvieron fijos durante un instante. Esa vez Marina creyó ver que en los ojos del líder carontiano no había reproches ni juicios, sino algo que le pareció una ofrenda de paz, y respeto, quizá. Trenius le hizo una inclinación de cabeza y continuó charlando con Mithas, Yiro, Cérer, Hong y los demás consejeros, quienes se dedicaban a atenderlos como los invitados de honor que eran.

Unas manos firmes se posaron de pronto sobre sus hombros, sacándola de sus pensamientos. Volvió el rostro y vio tras de sí a Dorian. No vestía el atuendo habitual de trabajo, sino un traje que resaltaba las líneas de su bien formado cuerpo, y Marina sintió que se ruborizaba involuntariamente; estaba más atractivo que nunca y pensó que le encantaría dejar la celebración e ir al apartamento, juntos, de prisa, ya.

Dorian pareció adivinar sus pensamientos, porque le dedicó una sonrisa cargada de malicia.

—¿Bailará conmigo, señorita Marina?

—Haré lo que quieras —Se sorprendió a sí misma porque su lengua parecía haber tomado el control de su boca, y no pensó antes de hablar.

La alegre carcajada de Dorian llenó sus oídos con ese sonido fresco que amaba y atrajo las miradas de quienes estaban cerca, haciéndolos sonreír.

Elas apareció ante ellos entonces.

—¿Bailas con nosotros? —invitó Marina.

—No, gracias, bailen ustedes —respondió el chico, dedicándoles una mirada traviesa.

Marina se dispuso a seguir su consejo, se volvió a Dorian y, rodeando su cuello, empezó a moverse cadenciosamente.

Aquello era una verdadera fiesta, todo Grexas estaba presente en esa celebración, el futuro se cernía generoso ante ellos y grexos y carontianos podían, al fin, convivir pacíficamente.

La alegría se desbordaba y todos parecían sonreírle con verdadera camaradería.

Ya no tenía que ocultarse, ya no debía temer que todos se enteraran de su origen: todos lo sabían y todos la aceptaban. Suspiró con satisfacción. Se sentía tan bien estar en los brazos de Dorian, ahí, donde sabía que pertenecía. Al fin en su hogar.

Agradecimientos

Toda mi gratitud a Lola Gude, por su paciencia y sus valiosísimas opiniones.

Si te ha gustado

Más allá de la piel

te recomendamos comenzar a leer

Los besos que quiero darte

de *Priscina Serrano*



Prólogo

Pensar que me podría enamorar de él, era algo que tenía muy presente, pero luego, me daba cuenta de que no, que era imposible sentir algo por un hombre tan frío y gilipollas como Cristian. Y yo, tonta de mí, estuve a punto de caer en sus garras, pero no, no me dejé vencer, no dejé que me sedujera con esos malditos ojos azules y esos labios carnosos que aún no había tenido el placer de besar... Joder, necesito un psicólogo, porque si no, acabaré mal, muy mal.

Mi vida había cambiado demasiado en muy poco tiempo, tanto que casi no me reconocía. La Luisa alegre, ligona, juerguista y loca de siempre había sido sustituida por una estúpida, enamoradiza y que estaba loca por que le echasen un buen polvo. Solo pensar que, si yo quisiera, podría tenerle... Aunque fuera para eso, el sexo, porque él no quería nada serio y lo dejó muy claro la primera noche que salimos a escondidas de nuestros amigos, porque «¿qué dirán?». Yo sí sabía lo que mis chicas iban a decir, pero ¿y los chicos? No sabría decir, aunque sinceramente me la suda lo que digan, pero ¿le sucedía lo mismo a Cristian? Esta iba a ser una relación muy complicada.

Así que ahí estaba, sola en el bautizo, mirando de reojo al chico que me volvía loca, pero que, a la vez, quería mantener lejos de mí para que no me rompiese el corazón. Y me sentía tan patética que iba a cogermela mayor borrachera de todos los tiempos. A la mierda la nueva Luisa, que volviese la antigua. Ella sí sabría qué hacer con el tema «guaperas».

—Deja de babear por él —escuché la voz de mi amiga Lara.

—¡Yo no babeo! —exclamé sin mirarla.

Lara se sentó a mi lado y cogió mi mano. Suspiré, porque me jodía que me conociera tan bien. Me hubiese encantado ser una mujer reservada con mis amigas, pero no, yo les contaba todo a ellas, no vivía en paz sin hacerlo.

—Sí que lo haces —rebatí—. No tienes que fingir conmigo, Luisa. Sé que sientes algo por él, pero no eres capaz de reconocerlo y es la primera vez que no me lo cuentas. Eso solo puede significar una cosa. —Miré a mi amiga y alcé una ceja.

—Por favor, no me vengas con tus teorías, Lara. No significa nada de nada, así que no insistas —repuse nerviosa.

Ni yo misma me creía lo que acababa de soltar por mi boca. Lara se mantuvo callada, pero ese silencio daba más miedo que el crujido de la madera en la noche. Me daban tanto miedo esos momentos en los que una está

sola en la cama, a punto de dormirte y comienza a crujir toda la casa... Por Dios, esa noche ya no dormiría.

Bueno, que me voy del tema, que no quise hablar más con Lara porque sabía que la conversación se iba a ir por los cerros de Úbeda. Y ahora más, está embarazada por segunda vez, y las hormonas la tienen completamente desquiciada. Lara era una fantástica «periodista» llena de teorías, y yo no tenía el horno para bollos, o como suelo decir cuando estoy cabreada, *no tengo el chichi para farolillos*.

—Si tú lo dices... —Me levanté dejándola con la palabra en la boca y me fui hasta la nevera para coger hielo.

Desde la barra de la cocina, miraba a Cristian y mi corazón latía de una manera increíble.

—Joder —susurré.

Tenía un gran problema y no podía seguir así. Iba a tener que poner tierra de por medio, o incluso un océano. Sí, eso haría. Saldría de ahí, huiría como hizo Lara y me iría a Cuba o a México... Bueno, no sabía a dónde, pero saldría de la vida de Cristian para siempre, por lo menos antes de salir herida.

Capítulo 1

Después de cogerme la mayor borrachera de la historia en el bautizo de Ángel, me fui del local sin despedirme de nadie. Cristian estuvo toda la noche tonteando con una de las compañeras del trabajo. Una policía, con tetas operadas y cabello rojo que lo tenía babeando. La muy zorra sabía que yo los miraba y se pegó a él como una lapa. Entonces, me emborraché y cuando me cabreeé de estar viendo semejante gilipollez, me fui a dormir la mona.

No entendía el porqué de mis celos, si era yo la que me había negado a tener algún tipo de relación con él, pero claro, ¿quién quiere ser la *follamiga* de alguien? A mí no me gustaba eso. O éramos pareja, o no. Era tan difícil encontrar a alguien con el que compartir tu vida entera... Desde luego que los príncipes azules no existían para mí, en su defecto, lo único que había eran gilipollas que se creían príncipes y no llegaban ni a rana. Como el que se cree

mierda y no llega ni a pedo, pues igual.

A la mañana siguiente, cuando me levanté y vi la hora que era, casi me caí de bruces contra el suelo. Ya llegaba tarde al trabajo.

—¡Joder! ¿Por qué coño tuve que beberme todo? Mi padre me mata —dije poniéndome los pantalones y cogiendo la primera camiseta que encontré en la silla.

Entré al baño e intenté peinarme, pero tenía el pelo tan enmarañado que vi como única solución raparme al cero. Luego lo pensé mejor y me di cuenta de que jamás me cortaría el pelo. Por Dios, con lo sexi que es y lo que lo cuida. Debería ser más consciente cuando me acostaba, y recogérmelo para que no se enredase, pero con la cogorza que traía la noche anterior, la verdad es que no estaba yo muy puesta en nada. Llegué y me tiré en plancha en mi cama.

—Vaya cara de alcohólica que tienes, Luisita. —Me reí de mí misma y me lavé la cara.

Cuando estuve lista, salí del baño, cogí el bolso, metí el móvil y salí por patas. Cuando llegase al bar, mi padre me despediría y eso que no podía hacerlo. Yo era la dueña. Mi padre decidió poner el bar a mi nombre hacía unos meses por motivos de salud. Bueno, el hombre estaba mayor y no quería que, si le pasara algo, Dios no lo quisiera, me quedara sin nada. Por eso decidió ir al notario y dejarme todo lo que él poseía. Su casa también me la dejó, pero yo no la quería, eso podía devolvérselo a la gilipollas de mi hermana, la desaparecida. No sabía ni por qué me estaba acordando de ella, juré no hacerlo nunca, pero ahí estaba, de camino al bar, con una resaca de mil demonios y acordándome de la estúpida de mi hermana Noelia.

Hacía años que no sabíamos nada de ella y no es que tuviese yo muchas ganas de verla, pero joder, por lo menos podría haber llamado a mi padre de vez en cuando. Él sí sufría mucho por su hija perdida, aunque muy perdida no estaba, pues fuentes cercanas me dijeron que la habían visto en Málaga hacía tres años.

Me obligué a no pensar más en ella y llegué al bar, aparqué el coche y salí corriendo. La hora, Dios, la hora. Había llegado una maldita hora tarde y al entrar al bar, mi padre me miraba con cara de perro a punto de comerse su mejor hueso. Me acerqué muy despacio, con miedo... tengo a un ogro como padre. Puede que esté exagerando un poco, pero no, cuando mi padre se cabrea, hay que temerle.

—Luisa, Luisa. Muy mal por tu parte. ¿Qué horas son estás de llegar? —

me preguntó con voz calmada y me extrañó tanta amabilidad.

No le di importancia y fui directa al almacén para ponerme el delantal, pero al entrar, me quedé con la boca abierta, tanto que, por poco, se me cae al suelo. Cristian estaba sentado en una de las cajas de cerveza. ¿Qué hacía ahí? Eso era lo único que mi cabeza pensaba.

—Por fin llegas —me dijo sin más.

—¿Habíamos quedado y no me acuerdo? —pregunté sin mirarle; ya con una simple mirada hacía que mi cuerpo ardiese. Vi cómo se levantaba y se acercaba a mí. Cuando le tuve justo delante, puse un dedo en su torso, duro como una piedra—. Para el carro, león. No des ni un paso más.

Cristian sonrió de medio lado, provocando en mí las llamaradas del infierno, y de no haber sido por el gran cabreo que tenía con él por pasar de mí durante toda la fiesta del bautizo de mi sobrino, en ese momento estaría mordiendo esos labios carnosos que tanto me provocaban, pero no, ni siquiera iba a dejar que me usara como un trapo sucio ¿Qué se creía? No estaba tan desesperada.

—¿Te pasa algo conmigo? —preguntó fingiendo preocupación, y yo me aparté para coger el delantal y, por fin, ponérmelo. Entonces sentí su cuerpo pegado al mío, pasó sus brazos por mi cintura y pegó mi espalda a su pecho—. ¿Por qué siempre evitas el contacto? No lo entiendo, si veo cómo se te eriza la piel cuando te toco. Siento tu agitación cuando estoy cerca de ti —susurró en mi oído y ya comencé a sentir cómo mis piernas flaqueaban.

Por un momento me había perdido en ese minuto, y me negaba a que hiciese conmigo lo que se le antojara. Creía firmemente que debía poner distancia entre ambos o iba a pasar muy mal. Me di la vuelta, y al hacerlo, sus labios quedaron muy cerca de los míos. No quería besarle, no deseaba besarle, pero me era imposible negarme.

«¿Por qué tiene que ser tan sexi el muy capullo?», pensé, babeando al mismo tiempo.

Cristian se sentía el rey del mambo en ese momento, pero sin creérmelo ni yo misma y pensando las cosas fríamente, antes de que sus labios siquiera rozaran los míos, coloqué mi rodilla entre sus piernas y presioné. No lo suficientemente fuerte como para que le doliera, pero sí para advertirle de que ese no era el camino. Automáticamente arqueó hacia delante y se llevó las manos ahí, preocupado por sus «joyitas». Debo confesar que me gustaba verlo tan vulnerable, aunque no me lo imaginaba así, más bien, de otra manera... más

gustosa.

—¿Pero te volviste loca?! —gritó como un niño al que acaban de quitar un caramelo, y en cierto modo así fue. Me reí y aproveché para ponerme a su altura.

—Eso solo ha sido una advertencia. Que sea la última vez que vienes e intentas besarme —dije muy cerca de él y le guiñé un ojo antes de salir del almacén.

Cuando salí me fui riendo como una autentica loca. De verdad que dejarlo asustado y temeroso había sido muy divertido. Me decidí a hacerlo más a menudo.

Me puse a limpiar las mesas y poner las sillas en sus lugares y minutos después, Cristian salió y me miró con cara de pocos amigos, le ignoré y seguí con mi tarea. Y cuando creía que se iba a ir sin decirme nada, me dejó helada al soltar:

—Venía a pedirte una cita, pero, como siempre, serás así conmigo. —Y con las mismas se fue.

—¿Me habré pasado? —Me pregunté a mí misma, pero negué al instante en que recordé cómo se sobaba en el bautizo con la maciza pelirroja.

Resoplé y fui hasta el interior de la barra para encender la radio. Un poco de música me vendría bien para olvidar al merluzo que tanto deseaba. ¿Algún día besaría sus labios? No lo creía, y menos si continuaba comportándose como un auténtico gilipollas.

La mañana pasó rápida y, como era lunes, había bastantes personas, algo que ayudó a que no pensara en el «guaperas gilipollas».

Dos horas después, y cuando por fin se habían ido la mayoría de los desayunadores de la empresa de abogados que teníamos justo al lado, pude sentarme para tomarme un mísero café, porque ni hambre tenía. En eso, llegaron Belén y Lara. Sonreí al verlas y después de saludarlas, me senté con ellas en una mesa de la terraza. Al fin un poco de descanso.

—¿Dónde está mi sobrino? —le pregunté a Lara.

—En la guardería. Te dije que ya mismo empiezo a trabajar y tenía que meterlo.

—¿Tan pronto? Pero si es muy pequeño todavía —repliqué ofuscada.

Nunca me han gustado las guarderías, pero si ella tenía que trabajar, ¿qué podía hacer con el pequeño Ángel? Ya me hubiera gustado a mí poder quedármelo, pero yo solo podría hacerlo por la tarde. Entonces mi cabeza

empezó a divagar y se me metió algo entre ceja y ceja. Si es que a veces soy muy cabezona.

—Lara, ¿y si cambio mi turno en el bar y me quedo por las mañanas yo con el peque? —La pregunta le pilló de sorpresa, porque sus ojos se clavaron en los míos y arrugó la frente, como si no pudiera ver con claridad.

—No es mala idea —dijo Belén, que hasta ese momento no había abierto el pico, cosa rara en ella.

—No sé, Luisa... ¿Tu padre estará de acuerdo en cambiarte el turno? A lo mejor le fastidias la mañana —contestó Lara apenada. Yo negué para quitarle importancia y le sonreí.

—No te preocupes. Mi padre solo tiene que hablar con Melisa para decirle que, a partir de ahora, vendrá en el turno de mañana. La chica es trabajadora y no se va negar y si lo hace, la despido y contrato a otra. Será por parados en España. —Soltamos una carcajada y me levanté para ir hablar con mi padre.

Mi padre era un hombre serio y estricto, pero se podía hablar con él. Yo sabía que no se negaría, y menos si era para decirle que iba a cuidar a mi sobrinito y su nieto postizo.

Después de hablar con mi padre y convencerlo de que llamase a Melisa para ofrecerle el turno de mañana, salí y me senté de nuevo con mis amigas. Las dos me miraban con cara de psicópata y no creo que fuese solo por el niño, así que levanté una ceja y las obligué a que me dijeran por qué cojones estaban mirándome así.

—¿Se puede saber por qué me miráis así? —Mi voz sonó un poco brusca y las dos estallan en carcajadas—. Lo que me faltaba, ahora os reís de mí.

—¿Le has intentado pegar un rodillazo en los huevos a Cristian? Eres la puta ama, Luisa. —exclamó Belén, casi ahogándose por la risa.

—Joder con la maruja. Ya fue contándoselo a todo el mundo. Si así de cotorra es por un simple amago, no me quiero ni imaginar cuando consiga llevarme a la cama. Si es que lo consigue. —Eso último lo dije tan bajito que creí que no me escucharon, pero sí, me habían oído y dejaron de reír.

Pero antes de que comenzaran a darme la vara, me levanté y las dejé con la palabra en la boca. No me iba a poner en ese momento a explicarles mis motivos por los que aún no había dejado que Cristian ni siquiera me besase. Claro, que ellas no sabían lo que yo sentía cada vez que lo tenía cerca. Mi corazón brincaba como un loco y mi sexo se contraía con solo sentir su aliento

cerca de mi cara.

Dios, cada vez estaba peor y necesitaba un polvo con urgencia. Tendría que salir de marcha y buscarme un maromo que me llevase a la luna sin necesidad de saber siquiera su nombre. Vamos, lo que viene siendo un polvo de *si te he visto, no me acuerdo*. Prefería eso mil veces, a abrirle las piernas a un tipo al que voy a ver todos los días y que, seguro, después de hacerlo, pasaría de mi culo como hacía con todas. No, me negaba a ser la siguiente en la lista de sus conquistas.

Más allá de la piel

Selecta

Marina es diferente, y ella lo sabe.

Inquieta y temeraria, la joven sería capaz de enfrentar a una legión de fieros enemigos antes que revelar a Dorian su secreto, pues teme que él la rechace, a pesar de saber que la ama profundamente.

El amor de Dorian, y el enfrentamiento entre dos razas enemigas que se disputan a Elas, un niño depositario de la sabiduría del universo, la pondrán en el terrible dilema de revelar su secreto y arriesgarse a perder la confianza de su amado.

Cuando la vida del pequeño peligra en medio de esa guerra, no solo ella aprenderá una lección sobre su naturaleza; las partes en conflicto se verán frente a frente con sus fallas y defectos, y tendrán que decidir entre ceder o prolongar la confrontación.

Rita Black. Nacida en el central estado mexicano de Aguascalientes en el año de 1976, Rita Black tuvo un temprano contacto con la lectura. Enamorada de las letras, a los 13 años empezó a escribir cuentos cortos. Estudió Ciencias de la Comunicación, y fue reportera del área de deportes durante cinco años y medio, y de información general durante dos años, en un diario de circulación estatal. Tiene un hijo de 10 años y está felizmente casada desde hace casi 14. Actualmente está enfocada de lleno en su carrera como escritora de novela romántica y cuentos de fantasía y ciencia ficción.

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Rita Black

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-98-2

Composición digital: leerendigital.com www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Más allá de la piel

Nota editorial

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Rita Black

Créditos